

8

ARCHIVO MUNICIPAL
DE
MURCIA



Precio 50 cts.

1897

ECO DE HELLIN

DIARIO DE LA TARDE

Viernes 1 de Enero de 1897.—Año II.—Número-Almanaque.

SUSCRIPCIONES

Hellin, un mes, 0'75 pesetas.—En el resto de España, trimestre, 3'25 id.—Semestre, 6 id.—Un año, 12 id.—Número suelto, cinco céntimos.

PAGO ANTICIPADO

Redacción y Administración

4, FALCON, 4

Toda la correspondencia al administrador

INSERCIONES

En la 1.ª plana 25 céntimos línea.—En la 2.ª y 3.ª id. Gacetillas, 10 id. id.—En la 3.ª id. 7 y 1/2 id. id.—En la 4.ª id. 2 y 1/2 id. id.

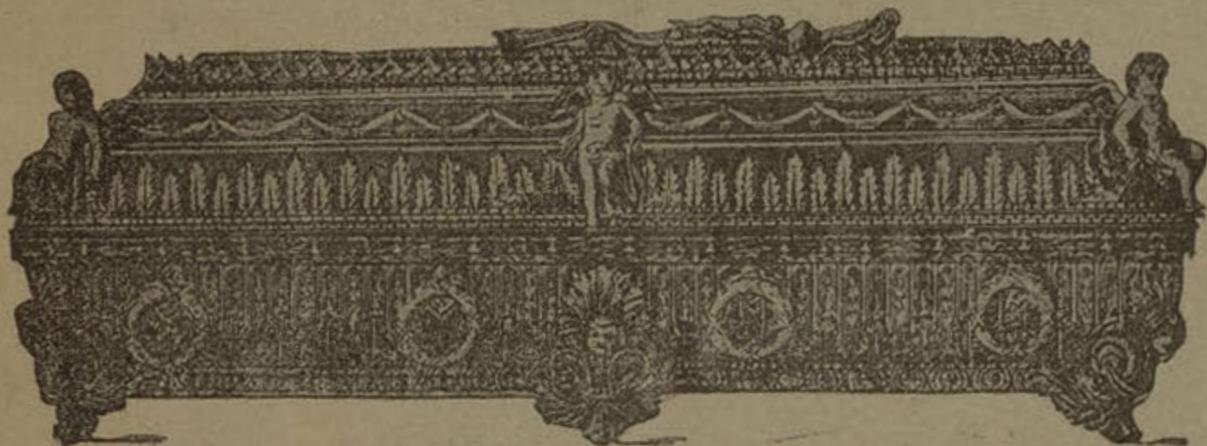
NOTA.—Desde 6 inserciones en adelante el 25 por 100 de descuento.

PAGO ANTICIPADO

MANUEL GIL ENGUÍDANOS

21, CONCEPCION, 21, ALBACETE

Comisiones y representaciones de casas del país y extranjeras. Compra y venta de frutos coloniales en comisión. Gestión y cobro de créditos atrasados. Informes y referencias comerciales. Cotización y remisión de muestras á quien lo solicite. Se invita la correspondencia.



GRAN FUNERARIA

DE

JOSÉ MILLÁN

32, GUARDAS, 32

Féretros metálicos de todas clases y precios.
Gran variedad en coronas.
Coches económicos y de gran lujo.
Gran surtido en velas de cera de todas clases y pesos.
Servicio permanente dentro y fuera de la población.

iiii CABELLO ABUNDANTE!!!!

TÓNICO UNIVERSAL

á base de quina para evitar por completo la caída del cabello.

La preferencia que el público le concede sobre otras composiciones y el consumo cada día más creciente de este preparado puramente vegetal son una prueba elocuente de su bondad y excelentes resultados.

PESETAS

Frasco con tapón-sifón, 1'50

Por docenas grandes descuentos.

DEPÓSITO EXCLUSIVO

EN

España

PERFUMERÍA MADRIGAL

Alfonso XII, núm. 9

ALBACETE



ENERO

- 1 V. LA CIR. DEL SUDOR.
- 2 S. s. Isidoro.
- 3 D. s. Antero.
- 4 L. s. Tito.
- 5 M. s. Simón.
- 6 M. LA A. DE LOS REYES.
- 7 J. s. Crispin.
- 8 V. s. Eladio.
- 9 S. s. Marcelino.
- 10 D. s. Gonzalo.
- 11 L. s. Salvio.
- 12 M. s. Benito.
- 13 M. s. Leoncio.
- 14 J. s. Hilario.
- 15 V. s. Pablo.
- 16 S. s. Marcelo.
- 17 D. s. Antonio.
- 18 L. sta. Paca.
- 19 M. s. Canuto.
- 20 M. s. Fabian.
- 21 J. sta. Inés.
- 22 V. s. Vicente.
- 23 S. s. Ildelfonso.
- 24 D. s. Feliciano.
- 25 L. sta. Elvira.
- 26 M. s. Policarpo.
- 27 M. s. Juan.
- 28 J. s. Cirilo.
- 29 V. s. Valero.
- 30 S. s. Félix.
- 31 D. s. Pedro.

FEBRERO

- 1 L. s. Cecilio.
- 2 M. s. Clío.
- 3 M. s. Blas.
- 4 J. s. Andrés.
- 5 V. sta. Calamanda.
- 6 S. sta. Dorotea.
- 7 D. s. Recaredo.
- 8 L. s. Juan.
- 9 M. s. Nicéforo.
- 10 M. sta. Escolástica.
- 11 J. s. Jonás.
- 12 V. sta. Eulia.
- 13 S. s. Benigno.
- 14 D. s. Valentín.
- 15 L. s. Severo.
- 16 M. s. Julian.
- 17 M. s. Alejo.
- 18 J. s. Eladio.
- 19 V. s. Alvaro.
- 20 S. s. León.
- 21 D. s. Félix.
- 22 L. s. Pascasio.
- 23 M. sta. Marta.
- 24 M. s. Matías.
- 25 J. s. Alejandro.
- 26 V. sta. Guadalp.
- 27 S. s. Leandro.
- 28 D. s. Rufino.

MARZO

- 1 L. s. Rosendo.
- 2 M. s. Pablo.
- 3 M. s. Medin.
- 4 J. s. Lucio.
- 5 V. s. Focas.
- 6 S. s. Cirilo.
- 7 D. s. Tomás.
- 8 L. s. Veremundo.
- 9 M. s. Ponciano.
- 10 M. s. Victor.
- 11 J. s. Eulogio.
- 12 V. s. Gregorio.
- 13 S. s. Ramiro.
- 14 D. sta. Matilde.
- 15 L. sta. Magdalena.
- 16 M. s. Agapito.
- 17 M. s. Patricio.
- 18 J. s. Gabriel.
- 19 V. s. José.
- 20 S. s. Niceto.
- 21 D. s. Benito.
- 22 L. s. Bienvenido.
- 23 M. s. Fidel.
- 24 M. s. Rómulo.
- 25 J. ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 26 V. s. Castulo.
- 27 S. s. Fileto.
- 28 D. s. Sixto.
- 29 L. s. Segundo.
- 30 M. s. Pastor.
- 31 M. s. Amado.



JUICIO DEL AÑO..... PASADO



He cumplido ya un año,
 soy casi un hombre
 y recorro mi «casa»
 sin «andadores»;
 falto de apoyo,
 sin ama ni niñera,
 salgo yo solo.
 Siendo tan pequeñito,
 casi un retaco,
 he dado desazones
 á más de cuatro,
 que están que braman,
 por los golpes que doiles
 con mis sonajas.
 Ya, cuando mi bautizo
 era travieso,
 pues subime á las barbas
 de hombres tan serios
 como mis padres
 que, una noche vinieron



á festejarme.
 Ante mí han desfilado
 firmas sin cuento,
 de todas ellas guardo
 dulces recuerdos,
 á las que mando
 desde estas, mis columnas,
 un fuerte abrazo.
 Como no soy culpable
 de lo que digo
 porque, aunque en mí lo escriben,
 yo no lo escribo,
 ruego dispensen
 si con algún «eclipse»
 molesté á veces
 De lo que ha merecido
 hablarse de ello,
 no me ha quedado nada
 en el tintero.
 Mis telegramas

os mira con envidia
la «Agencia Fabra».
Como que por la cosa
menor que ocurra
ya sea en Filipinas,
ó bien en Cuba,
ya estoy yo dando,
con pelos y señales,
cuenta del caso.
Si algo en Hellin sucede,
ya lo estais viendo,
antes que se divulgue
me lo han impreso.
Sea bueno ó malo
el caso es dar informes
de lo pasado.
Que vienen camareras,
pues enseguida
uno de mis «reporters»
va y las visita;
dándome cuenta
después, de las hechuras
de la interfecta.
En carnaval, como hubo
distintos bailes,
tuve por describirlos
que fraccionarme,
para dar cuenta
de cuanto ocurrió en ellos
á mi presencia.
En la Semana Santa
fui extraordinario
y con muy ricas galas
vime ataviado
dando detalles
de cuanto en aquel tiempo
hubo notable.
De Albacete en la feria
hice un milagro;
contando de los toros
el fiel relato
batí el record,
haciendo la revista
casi al vapor.
Luego vino la nuestra
y á todas partes
mandé «de motu proprio»
representantes;
vano es decir
que su misión cumplieron
cual nunca ví.



En la corrida tuve
un revistero
que me hizo la reseña
en menos tiempo
que yo pensaba,
pues dime á luz apenas
fué terminada.
En mis últimos días
vino á inquietarme
un doctor que no era
ni practicante,
al que no nombro
porque el tal se llamaba
de varios modos.
No refiero otros lances
más peregrinos
porque ya «Pesadumbres»
los ha descrito;
sólo es mi objeto
marcar lo culminante
del año viejo.
En el cual habreis visto
crímenes varios
y porque nada falte
hasta un atraco.
De las cosechas
¿para qué he de ocuparme?
no hubo ni muestra.
También me dió trabajo
la lotería;
pero ni un solo premio,
por mi desdicha,
tocó en mi pueblo;
al que más, le ha caido
sólo el reintegro.
Como ya no hay materia
de qué ocuparme
no extrañarán ustedes
que aquí me pare,
no sin decirles
que en el año que empieza
sean muy felices;
que tengan gran cosecha,
los labradores,
que se aumente mi lista
de suscripciones.
Y dicho esto
se despide de ustedes
su atento el

ECO.

Por la copia,

Saicalap.

EL PRIMER ANIVERSARIO



ACE un año que empezó á publicarse *Eco de Hellin*. Parecía un empeño absurdo que localidad tan reducida como nuestro pueblo, tuviese un periódico diario, lo mismo que las grandes poblaciones siempre agitadas por curiosidad insaciable, por ese afán nun ca satisfecho á pesar de las noticias telegráficas que en el espacio de un día ponen en comunicación los más apartados continentes y las más distanciadas regiones. Parecía absurdo el empeño; pero

¡Vive Dios que pudo ser!

como dice Segismundo. Obras son amores y los amores periodísticos hellinenses se han probado con hechos, dejando burladas las buenas razones que en contra suya pudieran aducirse.

Un año en la vida de un periódico, equivale á tres lustros de existencia en un individuo. En ese año, contenidos en las trescientas y tantas hojas de papel impreso, van los pensamientos múltiples y las impresiones varias de doce meses. La alegría que enardece, el pesar que abate, la enemistad que amarga, la pasión que ciega, la idea que ajiganta el espíritu, el sentimiento que le dulcifica y le ennoblece...

Un año entero... Muchas ilusiones perdidas, reemplazadas con otras nuevas. Convicciones acaso quebrantadas en el combate, como las armas que mellan sus filos en los choques de la lucha; nuevas esperanzas, sustituyendo á las marchitas por el desengaño, miles de afanes nacidos vivos y muertos al fin como olas que son de este perpetuamente agitado mar de nuestra existencia.

Al fin de un año, la colección de un periódico es como el resumen de una vida. Se ha ido formando no sólo con elementos materiales sino con ideas y sentimientos. Noticias que impresionan, violencias que produjo la pasión política, críticas acerbas inspiradas en la justicia, reflejos del buen humor ó siniestras imágenes de la pesadumbre; todo está allí amontonado y todo pasó como los hechos humanos pasan y sólo quedan las hojas de papel impreso, como queda el cuerpo cuando se le extingue la fuerza vital, inanimado, frío, indiferente, á las pasiones que le agitaron un día.

Ha vivido en un solo año el periódico lo que en ciento los hombres. Fué el resumen de muchos pensamientos, la expresión de infinitas aspiraciones, el manjar que satisfizo muchas curiosidades. Se le miró con agrado por unos, con encono por otros. Buscaron en él, quienes halagos, quienes ataques; produjo amarguras y complacencias por modo diverso y al fin se extinguirán sus trescientas y tantas vidas al perder oportunidad sus trescientos y tantos números. Pero aunque esas hojas tuvieron efímera duración, como las rosas que, según el poeta, duran

l' espace d' un matin

no hay que mirarlas con desprecio. Sólo la imbecilidad incurable ó la soberbia infundada pueden desdeñar la obra de un periódico que es signo de cultura, libro del pueblo, clarín que pregona á todos los vientos el triunfo del progreso.

Por eso yo que, aun cuando en esto de los periódicos ando á diario, en *Eco de Hellin* no pongo la pluma, si no por falta de voluntad por escasez de tiempo, bien puedo saludar á los redactores de tan modesta como interesante publicación, porque han querido, sabido y podido hacer lo que, si es fácil donde concurren elementos diversos, es obra



de romanos donde la intimidad es tan grande, que todo se exterioriza sin necesidad de que se cuente en papel impreso.

El del primer aniversario, es día de triunfo. Aun cuando no viviera más, con lo vivido probó su fortaleza. Y cómo nó, si tuvo las inspiraciones de la juventud! Por mucho que les pese á los que son caducos, á fuerza de años ó á fuerza de estulticia, la juventud vence siempre. Es como el sol que anima y engrandece la Naturaleza y da con la luz, para que la humanidad ahite su vista en el espectáculo que le rodea, el calor que mantiene perdurable la vida.

J. FRANCO RODRIGUEZ.

¡El último adios!

(LAMENTO DE UN CASADO MORIBUNDO)

GRA yo muy feliz ¡era soltero!
solía alguna vez tener dinero;
gozaba como el turco en Stambul;
todo era dicha en mí; todo era... pero
apareciste tú.

Yo te seguí; tú esquivas, hermosa, fría,
me miraste pasar y ¡oh suerte impía!
un día sonreiste bajo el tul...
Nunca, jamás olvidaré aquel día
que has hecho eterno tú.

Yo me casé contento, en lo que cabe;
tu eras guapa (permite que te alabe);
tu eras radiante y pura cual la luz;
aquella luna... vamos, nadie sabe
lo que abusaste tú.

Pero pasó la luna y fué tan llena
que la miré partir con honda pena;
tras de la luna,—el diablo tras la cruz,—
apareció tu madre, que es tan buena
que parece... otra tú.

Yo bien sé que te enojo y que te hastío,
y que sufro tu burla y tu desvío,
y que has llegado hasta llamarme atún;
que dices que soy soso y que soy frío...
¡Que digas eso tú!

Yo me voy á morir; avanzar veo
ese instante... Ya llega... Ya el deseo
mi espíritu remonta hasta lo azul...
¡Sólo en la paz de los sepulcros creo...
si no te mueres tú!

LUIS RAMÓN.



Uno de los mil retratos
de una tiple «desahogada»
que han contratado en Losada
para hacer «Al agua, patos!»

Muchos males que aquejan á los pueblos, reconocen por causas el egoismo individual y las diferencias políticas, que se traducen, sin razón, en enemistades personales.

J. GARCÍA MAS



La perpetua alarma



Yo no sé cómo vivirán nuestros apreciables provincianos. Aquí, puede decirse que no tenemos un sólo momento de tranquilidad.

Desde que estalló la guerra de Filipinas—porque á la de Cuba ya estábamos acostumbrados—no pasa día sin que circule algún «canard» estupendo:

—Ha llegado un telegrama de Manila, de una gravedad borrascosa—dice uno, entrando en el café con los pelos alborotados y los ojos fuera de las órbitas.

—¿Qué dice el telegrama?—preguntan cuatro ó cinco personas á la vez, agitándose en sus asientos.

—Pues dice que en Cagayán hay veinte mil insurrectos, unos encima de otros, preparándose para atacar á las fuerzas leales. Los insurrectos están mandados por un virrey, cojo y sanguinario que lleva mitra y debajo un pañuelo atado á la cabeza, como las amas de cría asturianas.

—¡Qué horror!—dicen todos los oyentes.

—Para el martes está acordado el saqueo y violación, á fin de que el miércoles por la mañana, no quede un solo fraile vivo, ni una joven con decoro.

—¡Jesús!

En Filipinas deben pasar cosas graves, pero si fuésemos á creer lo que dicen los alarmistas, era cosa de echarse á llorar.

Muchos espíritus malignos, gozan con sembrar el pánico entre los habitantes de Madrid. Siempre que se reciben noticias satisfactorias, los citados espíritus guardan silencio y lo más que hacen es contestar, cuando se les pregunta si ha habido algún telegrama:

—¡Pchst!... Ha habido uno sin interés palpitante... Una batalla, de la que salieron los insurrectos con las manos en la cabeza.

Pero si la noticia es poco grata para nosotros, entonces ¡oh! entonces hay que ver

la cara que ponen los alarmistas y con qué regocijo interior exclaman:

—¡La cosa está grave, muy grave!... De día en día aumenta la insurrección... Los insurrectos usan fusiles de un nuevo sistema, que arrojan balas y aceite hirviendo y unas bolitas, que producen fiebres palúdicas en el enemigo.

—¿Y quién ha recibido esas noticias?

—Han llegado á casa de un sastre de la plazuela del Rastro.

—¿Por telégrafo?

—Sí; en un telegrama puesto en Hong-Kong ayer, á eso de las ocho. Viene cifrado, para no despertar las sospechas del gobierno.

Parece mentira que haya personas que gocen en introducir la amargura en el seno de las familias, y sin embargo las hay.

Conozco un periodista, triste como una habanera que toca la música de mi pueblo, y místico como una poesía de Bustillo.

El tal sujeto se va de cuando en cuando á ver á doña Nicanora, una viuda sensible que está en relaciones con Quilez, el capitán de cazadores de Mondáriz, de operaciones en Cavite, y lo primero que hace es tomar asiento en un banquillo y decir con voz lúgubre:

—Mucho siento dar á V. una mala noticia doña Nicanora.



—¿Qué sabe V. de mi Quílez?—pregunta ella con ansiedad.
 —Pues sé cosas muy graves.
 —¿Está herido? ¿Muerto tal vez?
 —¿Cómo se llama Quílez de segundo apellido?
 —Se llama Quílez y Vainilla.
 —Pues entonces...



—¿Qué?
 —Quílez ha caído en poder de los igorrotos.
 —¡Cielos!
 —¡Sí, y le han untado el cuerpo con sebo.
 —¿Para quemarlo?
 —No; para que ruede y poderle conducir con más facilidad.
 —¿Y después?
 —Lo probable será que se lo coman.
 —¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!
 —Tranquílese V.
 —No puedo. ¡Ay, que horror! Ya³ parece que veo á Quílez en la parrilla.
 Y doña Nicanora cae desplomada sobre un sofá. Entonces el periodista la dice al oído:
 —El Quílez á que yo me refiero, es de Badalona.
 El mío es de Alcaudete—contesta⁷ ella abriendo los ojos.
 —Pues entonces no se trata del Quílez de V., sino de otro.



La cuestión es producir amargura en los primeros momentos. Realizado este propósito, el periodista devuelve paz al corazón de doña Nicanora y váse.

Díganme ustedes, si con estos alarmistas de oficio es posible vivir en Madrid con tranquilidad, y si no convendría hacer una ley para que fuesen enviados á Cuba y Filipinas todos estos apricta corazones que nos rodean.

Luis TABOADA.

Perdonada

Todo ha pasado ya; de tu abandono
 el airado rigor; mi amargo llanto;
 la impresión angustiosa del espanto;
 la justa sed del natural encono.

Todo ha pasado ya; vino en tu abono
 el tiempo, aliviador de mi quebranto,
 y aunque no llego ni me acerco á santo
 todo cuanto pasó te lo perdono.

¿No te he de perdonar? Aún te daría
 en pago del engaño y del olvido
 á tu esposo forrado en pedrería,
 pensando que si yo lo hubiera sido
 él habría medrado y yo estaría...
 ¡Ya sabes como has puesto á tu marido!

Luis RAMON.



Lo sobrenatural



En los venideros tiempos figurarán como el mayor distintivo del último tercio de nuestra centuria, los trabajos realizados por la generación presente para descorrer el velo, con que la Naturaleza nos oculta sus misterios.

Cada nuevo descubrimiento, cada nuevo principio y cada nueva ley que la ciencia formula, constituyen otros tantos puntos de partida en su progresiva evolución.

Al sentar la Física el principio de que todos los cuerpos están formados de partículas materiales infinitesimales, agrupadas en virtud de la energía inherente á cada una de ellas, hay que admitir las dotadas también de movimientos propios, sumamente rápidos y variados para formar en sus combinaciones aquellos agrupamientos que, aunque nosotros les llamemos permanentes, son pasajeros, habida en cuenta su relación con la eternidad de la materia.

De ahí el que, como lógica consecuencia de esto, haya que considerar á un cuerpo determinado cualquiera, como la resultante de la orientación vibratoria de sus moléculas y de la velocidad con que éstas se mueven dentro de su órbita, resultando la vida de la duración de un período de orientación, ó periodo de equilibrio. Cuando este periodo de orientación termina para un ser determinado, las moléculas que componen este ser se disgregan, no son ya reemplazadas por otras, y cesa la vida.

Mas no por esto quedan destruidas esas moléculas. Atraídas por las energías que sin cesar producen otra clase de orientaciones pasajeras, van á formar parte de la existencia de otros nuevos seres, que pueden ser diferentes de aquellos en que antes se agrupaban.

Tomando por base esta moderna doctrina, se puede considerar al ser vivo, sea cual fuere su escala, como un reservorio de nivel constante, por el cual pasa lentamente una corriente regular de moléculas diversamente orientadas, que incesantemente son reemplazadas por otras con la misma orientación.

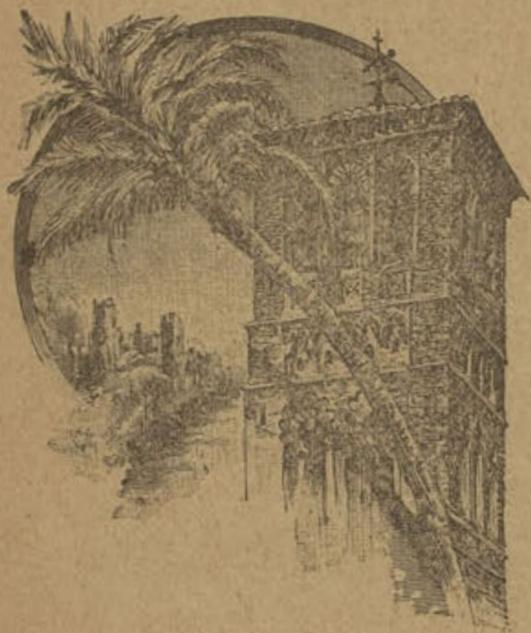
Presintiendo quizás esta nueva teoría de las fuerzas de la vida, el célebre Claudio Bernard aseveraba en sus *Lecciones fisiológicas*, que una idea, un pensamiento, una influencia nerviosa cualquiera llevan siempre consigo en el hombre la muerte de una ó de muchas moléculas, inmediatamente reemplazadas por otras nuevas.

Mientras persiste la orientación molecular en los seres vivos, tiene lugar en ellos un trabajo incesante; aumentan ó disminuyen progresivamente en cantidad, pero conservándose siempre semejantes á sí mismo. En cuanto el ser cambia de forma, hay una desorientación de un primer grupo molecular, para dejar su sitio á un nuevo grupo derivado del primero.

En este orden de ideas, la existencia de los cuerpos no es más que una vasta provisión de materia cósmica en estado molecular, cuyas agrupaciones pueden variar hasta lo infinito en razón de su velocidad y de la distancia que las separe, lo mismo en el planeta que habitamos, que en cualquiera de los astros que constituyen el firmamento.

Las relaciones que median entre estas distintas agrupaciones, y las leyes por que naturalmente han de regirse, hay que buscarlas en el éter de los físicos, en ese fluido homogéneo é imponderable, en el cual flotan los gérmenes de la materia cósmica, y desenvuelven sus recíprocas energías.

Por las vibraciones de este fluido se producen todos los fenómenos que admiramos en la Na-



turalidad, de los cuales todavía ignoramos, é ignoraremos por mucho tiempo, la mayor parte; pues si bien en el transcurso de este siglo se han sorprendido las leyes que presiden á algunas de estas agrupaciones, cuyas manifestaciones se toman aún por alguien como fenómenos sobrenaturales, estos resultados científicos no han hecho otra cosa que demostrarnos la realidad de los hechos, en lo que se refiere á la duración de la orientación pasajera y particular á cada ser y á cada agrupación.

Dada esta *gamma* infinita de vibraciones de distinta naturaleza, hay que deducir lógicamente la siguiente conclusión: Un conocimiento más extenso de las leyes armónicas, que rijen las vibraciones etéreas, permitirá en lo sucesivo realizar, en circunstancias determinadas, agrupaciones, concordancias vibratorias, orientaciones, etc., que produzcan una sensación, ú otro fenómeno completamente inesperado é imposible de reproducirse por los medios de que dispone la ciencia oficial, la que de algún tiempo acá, ante la seriedad de los testimonios y la autenticidad de los hechos, se bate en retirada, abandonando el campo de la negación, y no encontrándose todavía tranquila en el de la duda.

EL DOMINICAL.

VOLUNTAD DE HIERRO

He leído con verdadero interés el periódico *Eco de Hellin*, desde que hace un año salió al público el primer número, y me parece un verdadero milagro lo que habeis hecho. El periódico en estas poblaciones pequeñas tiene dificultades tremendas. La mejor buena fe, el más puro deseo se convierten en sustancia de comidilla chismosa que disuelve las más sanas intenciones. Si vais por la derecha se resiente Fulano, si vais por la izquierda, Perengano os pedirá explicaciones. Los unos se reirán de vosotros por Quijotes y los otros por Sanchos. Si buscáis materia de información local, encontrareis eternamente el mismo tema; y al periódico hay que darle variedad, esa variedad desesperante que es la pesadilla eterna de redactores, y directores; y si no se busca materia de información local ¿entonces para qué el periódico? Os digo francamente que la prensa periódica en esas condiciones es el suplicio de Tántalo, la desesperación de los más valientes.

Pues bien: vosotros habeis realizado ese imposible, publicando en Hellin un periódico diario, *digno, honrado* y que merece leerse. Los trabajos titánicos, la perseverancia y talento que teneis que derrochar para conseguir ese resultado, no deben ocultarse á nadie. Sin lisonja, que no acostumbro: sois unos héroes; mereceis bien de vuestro pueblo, en primer término y después de toda la provincia, y de España entera.

Adelante. El sabio Letamendi ha dicho que *á veces la voluntad vale por vida*; y vida es en este caso vuestra voluntad de hierro: vida de ilustración y progreso: la más hermosa.

WENCESLAO MONTOYA.



El derecho y la fuerza

Suele decirse, que en los pueblos y sociedades antiguas ha dominado la fuerza y que en las sociedades modernas y civilizadas, domina el derecho. La historia con su testimonio contradice semejante afirmación. No conozco pueblo, por mucha que sea su antigüedad, que se haya regido sólo por la fuerza, ni tengo noticia en nuestros tiempos de sociedad alguna, por mucha que sea su civilización, que esté constituida y determine toda su vida por los dictados del derecho.

El derecho y la fuerza, son dos elementos que parecen necesarios, indispensables para la vida y marcha de los pueblos. Se les presenta como enemigos y viven juntos. Parece que riñen batallas tremendas y luego resulta que se prestan mutuo auxilio.

El derecho no puede presentarse en la sociedad, sólo, aislado; necesita para sus triunfos, para su cumplimiento, para hacerse efectivo y real, de la cooperación de la fuerza, y esta le presta

continuamente su ayuda, poniéndose, como se dice, á servicio y disposición del derecho, y la fuerza, á su vez, mira cuidadosamente de ejercer sus funciones bajo las apariencias del derecho, é invocando los principios de éste y este vestido legal con que la fuerza se presenta para obtener sus victorias, no es por completo falso: en el fondo de la fuerza que vence, hay siempre algún principio de justicia. El derecho jamás ha tenido virtualidad y fuerza bastante, por sí propio, para triunfar é imponerse y hacerse respetar. La fuerza sin cierto contenido justo, sin cierto aspecto ó base legal; únicamente

como fuerza y con la base del capricho y la arbitrariedad, no ha podido dominar en los pueblos y la sociedad. Resulta que, antes y ahora, los pueblos han vivido por la fuerza y por el derecho. ¿Sucederá siempre lo mismo? ¿Es este fenómeno tan repetido, este fenómeno tan permanente, una ley del individuo y de la humanidad? ¿Vendrán tiempos, que creemos mejores y que hasta ahora solo hemos concebido como un ideal inasequible, en que los hombres civilizados por la propia y exclusiva fuerza del derecho la cumplan? ¿Habrá sociedades en que el derecho se imponga y los cambios y transformaciones sociales se produzcan sin el auxilio de la fuerza? ¿Llegará, en fin, á constituirse el soñado Estado internacional y á regirse las relaciones internacionales por los principios del derecho? El lector podrá contestar como mejor le parezca á estas preguntas; el autor de este artículo, no puede hacerlo. Sólo puede decir, sin afirmarlo, pues huye de las conclusiones cerradas y definitivas, que á parte de diferente aspecto, del distinto vestido con que se presenta la fuerza y el derecho en nuestros tiempos, que no es el mismo que el de los tiempos pasados, parece que estos dos elementos, fuerza y derecho, conservan sus posi-

ciones primitivas; que en sus supuestas luchas no parece uno vencido y el otro vencedor y que, podrá ser que el derecho consiga un señalado y definitivo triunfo sobre la fuerza y un dominio exclusivo en la sociedad, pero tales triunfos hay que esperarlos sentados porque suelen tardar.

M. ALCAZAR.

ABRIL

- 1 J. s. Venancio.
- 2 V. s. Francisco.
- 3 S. s. Benito.
- 4 D. s. Platón.
- 5 L. sta. Irene.
- 6 M. s. Celestino.
- 7 M. s. Donato.
- 8 J. s. Alberto.
- 9 V. s. Hugo.
- 10 S. s. Ezequiel.
- 11 D. s. Isaac.
- 12 L. s. Zenón.
- 13 M. s. Hermenegildo.
- 14 M. s. Telmo.
- 15 J. sta. Elena.
- 16 V. s. Toribio.
- 17 S. s. Aniceto.
- 18 D. sta. Antia.
- 19 L. s. Rufo.
- 20 M. sta. Inés.
- 21 M. s. Silvio.
- 22 J. s. Sotero.
- 23 V. s. Jodge.
- 24 S. s. Fidel.
- 25 D. s. Marcos.
- 26 L. s. Marcelino.
- 27 M. sta. Fita.
- 28 M. s. Vidal.
- 29 J. s. Pautino.
- 30 V. sta. Sofia.

MAYO

- 1 S. s. Felipe.
- 2 D. s. Félix.
- 3 L. sta. Antonina.
- 4 M. s. Ciriaco.
- 5 M. s. Pío.
- 6 J. sta. Benita.
- 7 V. s. Estanislao.
- 8 S. s. Miguel.
- 9 D. s. Bonifacio.
- 10 L. s. Job.
- 11 M. s. Poncio.
- 12 M. s. Domingo.
- 13 J. s. Mucio.
- 14 V. s. Pacm.
- 15 S. s. Indalecio.
- 16 D. s. Juan.
- 17 L. sta. Claudia.
- 18 M. s. Félix.
- 19 M. s. Pedro.
- 20 J. s. Baudilio.
- 21 V. s. Sedno.
- 22 S. sta. Julia.
- 23 D. s. Basilio.
- 24 L. sta. Afra.
- 25 M. s. Ggrio.
- 26 M. s. Felipe.
- 27 J. ASC. DEL SEÑOR.
- 28 V. s. Justo.
- 29 S. s. Voto.
- 30 D. s. Gabino.
- 31 L. sta. Petronila.

JUNIO

- 1 M. s. Inigo.
- 2 M. s. Pedro.
- 3 J. s. Isaac.
- 4 V. sta. Saturnina.
- 5 S. s. Doroteo.
- 6 D. s. Norberto.
- 7 L. s. Roberto.
- 8 M. s. Salustiano.
- 9 M. s. Primo.
- 10 J. s. Crplo.
- 11 V. s. Fortunato.
- 12 S. s. Onofre.
- 13 D. Sma. Trinidad.
- 14 L. s. Basilio.
- 15 M. s. Vito.
- 16 M. sta. Julita.
- 17 J. CORPUS CHRISTI.
- 18 V. s. Amndo.
- 19 S. s. Gervasio.
- 20 D. s. Silverio.
- 21 L. s. Raimundo.
- 22 M. s. Palno.
- 23 M. s. Zenón.
- 24 J. Nativ. de S. J. Bautista.
- 25 V. sta. Orosia.
- 26 S. s. Virgilio.
- 27 D. s. Zoilo.
- 28 L. s. León II.
- 29 M. s. Pedro.
- 30 M. s. Marcial.



AMORIOS

I



El mismo padre cura enloquecía
la admirable belleza
de Inés, que al confesarse le ponía
la cara del color de la cereza.
No podía jamás dar al olvido
el hermoso color de sus mejillas,
y hasta una vez se puso distraído,
al ir á confesarla, de rodillas!
Siempre al verla.—¿De nuevo habeis pecado?
le preguntaba entre jovial y airado;
y ella le respondía:

—Ayer él me estrechó contra su pecho...—
y el cura sin pensar lo que decía
solía contestarle: ¡Muy bien hecho!
Y en seguida añadía:—Esto es tan grave
que debes olvidar á ese Tenorio;
pues si el Señor lo sabe
le echa al cielo la llave
y te manda, de fijo, al purgatorio.
Llegaba á los linderos del pecado
el cura, en ocasiones,
y elocuente, inspirado,
hablaba desde el púlpito sagrado
del fuego abrasador de las pasiones.
Solía decir á Inés:—El Padre Eterno
te manda que no quieras á ese pillo.
—Pues por su amor arrostró hasta el infierno!
(Y él pensaba. ¡Qué suerte de chiquillo!)
—¿Has probado á olvidarlo?

—No podría:
y aún pudiendo olvidar no olvidaría.
—¡Es que amas á un malvado!
—Si ama, es bueno.

—¡Eso es una locura!
Lo tienes que olvidar ó te condeno.
—¡Aunque usted me condene, señor cura!
—Pues mira, si es tu amor á ese tronera
tan grande como tú me los has pintado,
más vale que le quieras y te quiera...
¡feliz quien puede amar y ser amado!
E Inés al retirarse murmuraba:
—Usted padre es un santo que irá al cielo,
mientras él sonreía y se quedaba
empapando de llanto su pañuelo...

II

—Señor cura, venía
á decirle una cosa...
—Me pienso á lo que vienes, hija mía;
á decirme tal vez que eres dichosa.
Aunque sea culpable tu embeleso
mereces ser feliz, porque eres buena.
—¡Ay, padre! no, no es eso;
¡es que me ahoga la pena!
—Hija mía, ¿estás loca?
¿quién causa tus enojos
y hace brotar sollozos de tu boca?
¿quién inunda de lágrimas tus ojos?
—Es él que me acongoja con su hastío
y el corazón me hiere!
—¿El, que te quiere tanto?...

—Ni me quiere
ni me ha querido nunca, padre mío!
—¡Qué dices!

—¡Que no me ama!
—No te creo.
¡Me dejas asombrado!
En lo que él me confiesa, á veces, leo
que te has equivocado.
—Es que él miente aunque Dios esté delante
y habrá mentido á usted en sus confesiones.
—Entonces, cuando vea á ese tunante
le voy á romper algo á pescozones.
—Tenía usted razón cuando decía
que estaba enamorada de un gran tuno.
¿Qué hombre de ser amado se hastiaría?
(Y el cura murmuraba: ¡ni uno! ¡ni uno!)
—Mas no te preocupes de su hastío.
Yo sé, porque lo sé, que Juan te adora.
—¡Me volveis la esperanza, padre mío!
—(¡Qué dulce es la esperanza bienhechora!)
Muy pronto ha de volver apasionado
á adorar de rodillas tu belleza.
—¡Qué feliz seré entonces á su lado!
y el cura repetía con tristeza:
—¡Feliz quien puede amar y ser amado!

J. ALMODÓBAR.



LA MONEDA DEL MUNDO

RASE un Emperador (no siempre hemos de decir un rey) y tenía un solo hijo bueno como el buen pan, candoroso como una doncellita (de las que lo son) y con el alma henchida de esperanzas lisonjeras y de creencias muy consoladoras. Ni la sombra de una duda, ni el más ligero asomo de escepticismo empañaba el espíritu juvenil y puro del príncipe, que con los brazos abiertos á la humanidad, la sonrisa en los labios y la fé en el corazón, hallaba una senda de flores.

Sin embargo, á S. M. imperial, que era, claro está, más entrado en años que S. A., y tenía, como suele decirse, más retorcido el colmillo, le molestaba que su hijo único creyese tan á puño cerrado en la bondad, lealtad y adhesión de todas cuantas personas encontraba por ahí.

A fin de prevenirle contra los peligros de tan ciega confianza, consultó á los dos ó tres brujos y sabihondos más renombrados de su imperio, que revolvieron librotes, levantaron figuras, sacaron horóscopos y devanaron encantamientos; hecho lo cual, llamó al príncipe, y le advirtió, en prudente y bien concertado discurso, que moderase aquella propensión á juzgar bien de todos, y que tuviera entendido que el mundo no es sinó un vasto campo de batalla, donde luchan interés contra interés y pasiones contra pasiones, y que, según el parecer de muy famosos filósofos antiguos, el hombre es lobo para el hombre. A lo cual respondió el príncipe

que para él habían sido todos siempre palomas y corderos, y que á donde quiera que fuese no hallaba sino rostros alegres y dulces palabras, amigos solícitos y mujeres hechiceras y amantes.

—Eres príncipe, eres mozo, eres gallardo,—advirtió el viejo meneando la cabeza y por eso juzgas así. Mas yo, como padre, debo abrirte los ojos y que te sirva de algo mi experiencia. Sométete á una prueba y me dirás maravillas. Ponte al cuello este amuleto mágico, y vé recorriendo las casas de tus mejores amigos... y amigas. Pregúntales si te quieren de veras, y pídeles en señal de cariño una moneda. Te la darán muy gustosos: recójeles en un saco, y vuélvete aquí con la colecta.

Obedeció el príncipe, y á la tarde regresó á palacio con un saco de dinero tan pesado, que lo traían entre dos pajes.

—Ahora—mandó el emperador—que has recojido fondos, disfrazate de artesano ó de labriego, y vete por esos caminos, pagando tus gastos con la moneda que hoy te dieron.

Cumplió el príncipe la orden, y salió solo y en humilde traje, llevando en cinto, bolsa y calzas el dinero de su colecta. En la primer posada donde paró ya quisieron apalearle, por pretender pagar con moneda falsa el gasto. En la segunda le apalearon de veras. Y en la tercera, echóle mano la Santa Hermandad, por falso monedero, hasta que, compadecidos de sus lágrimas, le soltaron los cuadrilleros en una aldea, donde resolvió no presentar más el dinero de sus amigos... y amigas, y regresar á palacio pidiendo limosna.

Cuando llegó ante su padre, y este le vió tan pálido, tan deshecho, tan maltratado y tan melancólico, le preguntó con aire de victoria:

—Qué tal la moneda del mundo?

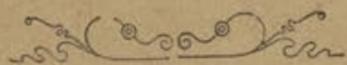
—De plomo, padre... Pero lo que yo lloro no es esa moneda, sino otra de oro puro, que también perdí.



—Cuál hijo mío?

--Mis ilusiones, que me hacían dichoso--sollozó el príncipe, y mirando á su padre con enojo y queja, se retiró á su cuarto, en el cual se encerró para siempre, pues de allí solo salió á meterse cartujo, quedándose el imperio sin sucesor.

EMILIA PARDO BAZAN.



¡WOW! ¡WOW! ¡WOW!

¡Bien al juzgarnos se engaña
ese pueblo newyorkino!
¡Esa pátria... del tocino,
juzgando á esta pátria... á España!...

JUAN SOLDADO.



Modelo de los trajes
que los troneras
quisieran que adoptasen
las camareras.



SUEÑOS

Soñé que te quería, que te amaba,
que me amabas también;
y soñé que olvidabas el cariño
aquel que te juré.
Y desperté del sueño y tu cariño
marchose con el sueño.
Y soñaba despierto que te amaba
¡y te sigo queriendo!

JAVIER G. ZORRILLA.



UN NAZARENO POR A. G. SORIANO

Noche buena del soldado

I

LO QUE ESCRIBIRÁN LOS MENOS

Madre mía, desde el día
que no te veo á mi lado,
huyó de mí la alegría;
¡qué triste es verse alejado
de su madre, madre mía!

Esta noche es noche buena,
y solo la he de pasar
con tu recuerdo y mi pena,
sin oír la cantilena
de los mozos del lugar.

Hoy he visto anocheecer,
y soñando con mi España,
me acordaba del ayer,
cuando el sol se iba á esconder
detrás de nuestra montaña,

donde, siempre placentero,
saltaba de risco en risco
como cervato lijero,
para llevar al aprisco
al descarriado cordero.

Aquí, no oigo los cantares
de felices rondadores,
que hoy aturden los lugares,
con coplicas populares,
al compás de los tambores.

En cambio aquí, está trocada
aquella típica bulla,
con la bélica algarada
de la atrevida avanzada
y la celosa patrulla.

Y la lumbre del hogar
es, aquí, en el campamento,
fogata que al calentar
no puede contrarrestar
el hielo del sentimiento.

Hoy en la aldea se cuenta
el cuento de los pastores...
y aquí, la historia sangrienta
de alguna lucha cruenta
con sus más negros colores,

donde hay muertos, emboscadas,
quejidos de agonizante,
machetazos, estocadas,
peleas encarnizadas
y olor á sangre humeante.

Con que ya ves, madre mía,
cual será nuestra alegría
y cuanta será mi pena
hoy, cuando cantar debía
esta noche es Noche buena!



II

LO QUE ESCRIBIRÁN LOS MÁS

Madre, pensar en el día
en que he de verme á tu lado
fortalece el alma mía,
¡que en eso cifra el soldado
su más completa alegría!

No pases ningún desvelo,
que, al par que rezas por mí
para que me ayude el cielo,
yo alcanzaré con anhelo
muchos lauros para tí.

Que ni el clima ni el combate
jamás mi valor abate,
tengo un enemigo enfrente
y dentro del pecho late
el corazón de un valiente,

que es hijo del pueblo ibero
y, mientras tenga un acero,
no permite ni tolera
que cualquier aventurero
manche su invicta bandera.

Hoy salimos á operar
y tuvimos que luchar...
pero daba gusto ver,
á los soldados pegar
y á los mambises correr.

Yo, por escalar la altura
de una arriesgada trinchera,
me porté con tal bravura
que la hice, madre, que fuera
de dos ó tres sepultura.

Dicen que me premiarán
y tal vez me propondrán
para la cruz laureada...
¡para usted... si me la dan...
porque yo, no quiero nada!

Apurado el caso fué,
yo también, madre, saqué
un tajo de la contienda
¡mucha sangre! y total ¿qué?
unas hilas y una venda.

Esos, madre mía, son,
los gajes de la campaña,
pero ensancha el corazón
tomar una posición
al grito de ¡viva España!

Un poquillo escozor siento
pero no tenga usted pena,
que se curará al momento
cantando en el campamento
«Esta noche es noche buena!»

RÓMULO MURO.

LOS VALIENTES



RAS mucho tiempo, cuando yo era muchacho, andaba por Madrid un caballero de treinta años, vestido de negro, con levita larga y sombrero de copa: alto, anguloso, de nariz corva, ojos pequeños y bigote áspero y retorcido, recordaba por su talante á Don Quijote y por lo fúnebre de su indumentaria á un viudo reciente; y viudo era, viudo de felicidad, de amor y de fortuna; desheredado por sí mismo de un capital cuantioso que sus padres le legaron al morir; víctima de los desdenes de una mujer, y capaz por la desesperación de su alma, por el aislamiento de su existencia y por las angustias de su peculio de todo linaje de locuras y arrebatos.

Había nacido en Aragón, en la capital de los Amantes y en la época á que mi relato se refiere, vivía en Madrid peleando cuerpo á cuerpo con la miseria, al final de la calle de Embajadores y anexionado á una mujer de vida alegre que estaba completamente enamorada de aquel excéptico trajeado de luto.

Con aquella, modesta pero señorilmente vestida había salido cierta noche del teatro el héroe de estos apuntes á quien, por darle un nombre llamaré Diego, y ya llegaban á la puerta de su domicilio cuando la mujer dijo á su acompañante:

—¡Demonio de olvido!... No me he acordado de decirte que tenía ganas de tomar cualquier cosa; y el caso es que arriba no hay nada dispuesto.

—¿Y eso qué?—le contestó Diego.—No te quedarás sin comer si tal es tu gusto. Aún tengo siete ú ocho pesetas en el bolsillo; la taberna del barranco está abierta y un par de huevos los frien en cualquiera parte. Conque vamos allí.

—¡Allí!—contestó la muchacha—¡Yo con este sombrero y tú de chistera y levita!!!... ¡Cualquiera vá á ese sitio!

—¿Por qué?

—Por la gente que se reúne en él.

—¿Y qué gente es esa?

—Chulos, matones de oficio, lo peor del barrio.

—¿Qué importa? No ocurrirá nada; á quien no se mete con nadie, nadie lo molesta.

—Pero...

—He dicho que vamos.

Sabía ella de sobra que cuando á Diego se le metía una cosa en la cabeza era preciso obedecerle y echó á andar sin responder palabra.

Una habitación oscura, baja de techo, de paredes ahumadas, recinto angosto, un mostrador enfrente de la puerta, cuatro ó cinco veladores de pino, con taburetes de la misma madera alrededor de ellos: tal era la taberna donde entraron Diego y su querida.

Detrás del mostrador encontrábase un tabernero ancho de hombros, fornido, con cara de pocas fiestas, remangado de brazos y con un delantal verde á rayas negras ceñido á la cintura. En torno de uno de los veladores que ocupaba el centro de la habitación, estaban sentados hasta cinco ó seis hombres, de quienes, la cara del mejor encarado era una sentencia de presidio mayor, con accesorias y costas.

No hay que decir el gesto de asombro y de burla que pondrían aquellos respetables «hampones» al ver entrar por la puerta adelante á una «señorita con gorro» y á un señor con «bimba»; el mismo tabernero no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.



—Fría usted un par de huevos y un poco de carne, y traiga una botella de vino—dijo Diego al amo de la taberna, mientras tomaba asiento con su querida frente á uno de los veladores.

Metióse el tabernero en la cocina; hubo un rum rum entre los socios del distinguido establecimiento y en cuanto el dueño de la casa sirvió la cena, dedicáronse sus parroquianos á mofarse en voz alta de los recién venidos.

—Oye—decía uno de ellos encarándose con el más próximo—¿por qué no le compras á la Isidra un gorro como ese?

—Porque tendría que comprarme una «chimenea» como la que se ha encasquetado aquel señor—respondía el otro.

La querida de Diego estaba en ascuas.

—Vámonos, Diego—murmuró por lo bajo.

—Calla y come—respondió éste.

Viendo los «guapos» que las cuchufletas no surtían efecto, determinaron pasar á las obras, y comenzaron la bronca tirando migajas de pan á la mesa donde cenaba la pareja de señoritos.

—Tenías razón—exclamó Diego, hablando en voz baja á la mujer.—Esta gente quiere provocar un disgusto. Voy á pagar y nos iremos. ¡Qué necesidad tengo yo de cuestiones!

Y cuando se disponía á echar mano al bolsillo del chaleco, un pedazo de pan, medio panecillo, dió de golpe en el sombrero de la mujer.

Diego se puso más blanco que la cera, hizo un ademán de silencio á la muchacha, apartó la mesa y se dirigió á la que ocupaban los desatentos provocadores.

—¿Quién es el más valiente de ustedes?—preguntó Diego encarándose con la selecta reunión.

—¡Bah! para usted cualquiera—respondió uno de ellos.

—Se equivoca usted—repuso Diego.—Yo necesito el más valiente.

—Pues para usted cualquiera;—contestó el otro. Pero en fin puesto que yo he tirado el panecillo, yo.

—¿Usted?

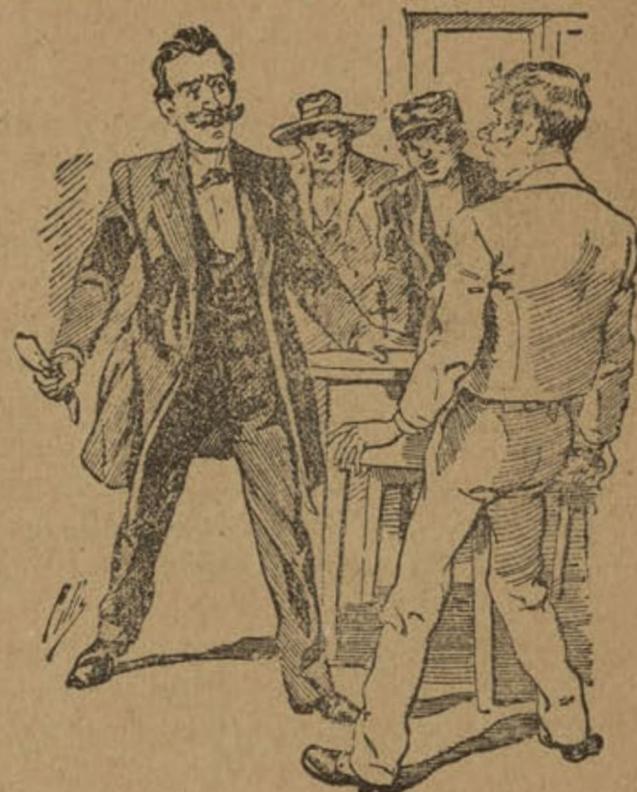
—Yo.

Diego extendió la mano izquierda, la puso encima de la mesa de madera, sacó con la derecha un puñal de Albacete, clavó con él su mano izquierda sobre el velador y empuñando luego una navaja de cortas dimensiones, gritó en la cara de su contrincante:

—Los valientes pelean así. Ande usted.

Y mientras los valientes salían de la taberna como liebres que huyen al oír el ahullido ronco de la trailla, Diego arrancando el puñal de la herida, exclamó con acento sereno dirigiéndose á la mujer, que le miraba con espanto:

—Ya te había dicho que no iba á ocurrir nada.



JOAQUÍN DICENTA.

Ni tanto... ni tan poco

Por amar demasiado á las mujeres y derrochar su vida en los placeres tísico se volvió don Segismundo y muy joven aún, dejó este mundo.

En cambio don Lorenzo, hombre sensato que no llegó á romper jamás un plato, viviendo retirado en un rincón murió joven también, de congestión.

Por eso, buen lector, yo te aconsejo que si quieres llegar muy luego á viejo ni has de hacer de placeres gran abuso ni abstenerte tampoco de su uso; pues son de igual manera peligrosos, el mucho trabajar y estar ociosos.

ALEJANDRO DE LUJAN.

"Eco de Hellin"

Solca

Piano

pp y ligero

The musical score consists of ten staves of handwritten notation. The first staff begins with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The music is written in a style characteristic of 19th-century manuscript notation. The second staff contains the annotation "pp y ligero". The sixth staff includes the markings "cres..." and "rall.". The seventh staff features the instruction "ralli...". The eighth staff contains the text "De la A a la Synque". The final staff is signed "de Albert" and includes a large, decorative flourish.

COLÁS



As cuando la Lina se convenció de que el soldado aquel era el mismísimo Colás, se llevó las manos al corazón, que le dió un vuelco terrible. Allí estaba, en primera fila, con su fusil pegado al costado derecho, pálido, tieso, inmóvil, como si fuera un muñeco de palo, con pantalones rojos, clavado al suelo. El gentío se apretaba en aquel sitio tostado por los rayos de un sol más propio del 15 de Agosto que del 2 de Mayo, para ver desfilan los últimos regimientos por delante de la tribuna de la Reina, que miraba con ojos fatigados aquel espectáculo, lleno de color como la «mancha» inspirada de un artista.

La Lina, sofocada y jadeante, procuraba librarse de los rayos del sol, cubriéndose la cabeza con el abanico, y parapetada contra la columna de un farol para resistir los empujones de la multitud, empinábase sobre las puntas de los pies para divisar á Colás y procurar que este la viera.

Colás, bien ageno de la solicitud y de las miradas insistentes de la enamorada Lina, seguía tieso en su puesto, con el fusil sujeto por la mano sudorosa, mirando unas veces á la tribuna regia y otras las guías retorcidas del bigote del teniente Pérez, que asomaban por detrás de las orejas de éste puesto delante de Colás, con el sable desnudo y el uniforme reluciente de puro limpio.

Cuando el reloj del Banco dió las dos, en aquellas campanadas graves cuyo timbre sabíase Lina de memoria, se acordó del almuerzo que esperaba y temiéndole al genio de agraz de la señora, salió del Prado y echó á correr por la calle de Alcalá, después de lanzar una última mirada, llena de desesperación, á Colás.

Cuando salió á la mañana siguiente á la compra, entró en el portal del memorialista de la calle de la Cruz y le dictó una carta repleta de enojo y de rabia, para Colás, poniéndolo de vuelta y media por no haber adivinado la presencia de ella, ni las miradas amorosas con que le había acribillado, durante la hora y media de plantón sufrido en el Prado, aguantando las molestias del sol y los codazos de los que la empujaban para quitarle el puesto, conquistado por ella á fuerza de estrujones y de pisadas.

Recibió la carta Colás después del rancho y cuando el cabo Rodríguez, que era un bendito y más amigo que nadie de dar gusto, le deletreó la carta iracunda de la Lina, Colás se tiró del pelo y así que oyó el toque de paseo, se fué derecho por la calle de Ferraz abajo á la del Turco en donde estaba de criada «para todo», la dueña de sus pensamientos.

Colás se situó en el portal de la casa de la Lina y empezó á imaginar disculpas para el delito de que ella le acusaba en su epístola: porque realmente el hecho de tenerla dos horas delante, comiéndoselo con los ojos, sin que él se apercibiera de nada, ni se ocupara de otra cosa que de mirar las guías al teniente Pérez, le parecía á Colás delito grave y digno del castigo con que su novia le amenazaba, que no era ni más ni menos que darle calabazas á él y contestarle que sí á Perucho, el hijo del tío Panza-avena que había escrito lo menos quince cartas pidiéndole relaciones.

A las once menos cuarto, pasaron por la calle de Alcalá unas compañías de cazadores que iban á la plaza del Rey, para asistir á la inauguración de la estatua del teniente Ruiz. Seguía á la tropa la música del regimiento, que ejecutaba un pasodoble que se bailaba solo: la muchacha oyó desde la cocina los alegres acordes y se asomó al balcón divisando entonces á Colás, que aguardaba, hacía una hora, que saliese por algo á la calle. De cabeza se hubiera tirado ella, desde aquel piso segundo, con entresuelo y primero, al arroyo para llegar antes al lado de Colás y decirle cuatro desvergüenzas; bajó los escalones como quien va á buscar al médico para poner remedio á una pulmonía fulminante, y en cuanto llegó al portal y se enredó su mirada con la suplicante y humilde de Colás, cuyo cariño inmenso conocía ella, por el modo suave con que se sentía acariciada por los ojos de él, se le fué el coraje y sonrió á Colás, que quedó más alegre con la sonrisa, que si le hubieran dado en aquel momento la licencia absoluta.

Allá en el portal estuvieron charla que charla, lo menos veinte minutos.

—Me voy, dijo por fin la Lina, cerrando los ojos para no sentir el fuego de los de Colás—que aquello se me estará quemando. «Aquello» era la carne del almuerzo dejada en el fogón, sobre las parrillas.

—¿Te vas ya?—preguntó lastimosamente el muchacho, que había ido animándose con las palabras de la Lina—pues antes de irte me vas á dar un beso!

Desembocaban en aquel momento, por la calle del Barquillo, las tropas que habían asistido á la inauguración de la estatua de Ruiz, descubierta ya y desde el portal oíase el eco alegre y regocijado de las bandas militares.

Colás tenía cogidas entre las suyas las manos de ella y suplicaba con insistencia el beso. Trabajo le costó á Lina desprenderse de las manos de su novio y sus traerse á los encantos de la música, que le cosquilleaba en el pecho, subiéndole á la boca un ansia grande de caricias, que despertaba el sol vivificante de Mayo.

Echó á correr por la escalera arriba y desde el primer descansillo volvió la cabeza y sacó la lengua para burlarse de Colás, que se había quedado con las

JULIO

- 1 J. s. Galo.
- 2 V. s. Urbano.
- 3 S. s. Trifón.
- 4 D. s. Lrano.
- 5 L. sta. Zoa.
- 6 M. s. Goar.
- 7 M. s. Odón.
- 8 J. s. Procopio.
- 9 V. s. Cirilo.
- 10 S. s. Genaro.
- 11 D. s. Pío I.
- 12 L. s. Félix.
- 13 M. s. Turiano.
- 14 M. s. Focas.
- 15 J. s. Camilo.
- 16 V. s. Sisenando.
- 17 S. s. Alejo.
- 18 D. s. Federico.
- 19 L. sta. Justa.
- 20 M. s. Elias.
- 21 M. s. Daniel.
- 22 J. sta. María Mgn^a.
- 23 V. s. Libro.
- 24 S. s. sta. Cristina.
- 25 D. Santiago.
- 26 L. sta. Ana.
- 27 M. s. Pantaleón.
- 28 M. s. Celso.
- 29 J. s. Lupo.
- 30 V. s. Senén.
- 31 S. s. Firmo.

AGOSTO

- 1 D. s. Félix.
- 2 L. s. Esteban.
- 3 M. Inv. del cuerpo de S. Esteban.
- 4 M. sto. Domingo.
- 5 J. sta. Afra.
- 6 V. s. Justo.
- 7 S. s. Alberto.
- 8 D. s. Largo.
- 9 L. s. Firmo.
- 10 M. s. Lorenzo.
- 11 M. s. Tiburcio.
- 12 J. sta. Clara.
- 13 V. s. Casiano.
- 14 S. s. Eusebio.
- 15 D. ASUN. DE NTRA. SEÑORA.
- 16 L. s. Roque.
- 17 M. s. Pablo.
- 18 M. s. Lauro.
- 19 J. s. Magín.
- 20 V. s. Bernardo.
- 21 S. sta. Juana.
- 22 D. s. Timoteo.
- 23 L. s. Felipe.
- 24 M. sta. Aurea.
- 25 M. s. Luis.
- 26 J. s. Adrián.
- 27 V. s. José.
- 28 S. s. Agustín.
- 29 D. s. Juan.
- 30 L. s. Pelayo.
- 31 M. s. Ramón.

SEPTIEMBRE

- 1 M. s. Gil.
- 2 J. s. Antolin.
- 3 V. s. Nonito.
- 4 S. sta. Rosa.
- 5 D. s. Lorenzo.
- 6 L. s. Petronilo.
- 7 M. sta. Regina.
- 8 M. NATIV. DE NTRA. SEÑORA.
- 9 J. s. Gorgonio.
- 10 V. s. Nicolas.
- 11 S. s. Proto.
- 12 D. s. Eulogio.
- 13 L. s. Felipe.
- 14 M. sta. Cruz.
- 15 M. s. Valeriano.
- 16 J. s. Cipriano.
- 17 V. s. Lamberto.
- 18 S. s. Tomás.
- 19 D. s. Genaro.
- 20 L. s. Eustaquio.
- 21 M. s. Mateo.
- 22 M. s. Mauricio.
- 23 J. sta. Tecla.
- 24 V. Ntra. Sra. de la Merced.
- 25 S. s. Cleofés.
- 26 D. s. Cipriano.
- 27 L. s. Cosme.
- 28 M. s. Simón.
- 29 M. s. Miguel Arg.
- 30 J. sta. Sofia.



manos extendidas, y la boca abierta como el chiquillo á quien se le escapa de las manos un pájaro.
 —¿Dónde ha ido usted?—preguntó á Lina la señora, hecha un demonio, de puro enfadada.
 —He ido á ver eso de la estatua del señor Ruiz—contestó ella, temblando la voz y bajando la mirada al suelo.
 Durante el almuerzo se habló en la mesa del suceso del día, y el señor, con la boca llena, dijo mirando el retrato del héroe, que publicaba «El Globo».
 —Era guapo, era guapo este Ruiz!
 Y la Lina que entraba entonces con un plato de filetes, exclamó sin poderse contener ni ver las miradas terribles de su ama:
 —Para guapo... ¡Colás!

L. VILLAZUL.



Año nuevo ¡vida nueva!
 ---dicen todos. ¡Ay! pero ellas
 lloran lo mismo que siempre
 llorarán, mientras no vuelva
 de allá muy lejos, de Cuba,
 el que pelea en la guerra,
 el soldadito hellinense
 que ambas quieren y veneran,
 el que es vida de su vida
 y causa de sus tristezas!



—Dime donde vas, morena.
 —Por agua, á la Portalí.
 —Si tú quisieras ser buena
 te acompañaba hasta allí.
 —No puede ser.
 —Por qué no?
 —Porque la gente habla mal,
 y porque no quiero yo
 pasar contigo el Rabal.



¡Caiga sobre Hellin el fuego
 de Dios y haga picadillo
 á esos jugando al tresillo;
 ¡al tres—y—yo también juego!

DE RERUM JUDICIALEM

Un juez es como un silogismo de Schopenhauer, una forma del dolor. Por esta causa, algunos, profesan las ideas de Hartmann y se entregan al sueño inconsciente, que es, según este filósofo, la fórmula de la felicidad.

No bien el incauto abogado entra, ó lo entran que es lo más frecuente, en la judicatura, comienza á ser autor, cómplice y encubridor de los más horribles atentados contra la gramática, y víctima de todos los caciques, desde el adocenado y vulgar diputado del distrito, hasta el palomino del alcalde que no sabe donde tiene ninguna mano.

Es imposible tener «mens sana» y no padecer de vértigos del sentido común, leyendo á diario el inculto fárrago curialesco. ¡Ah, como diría Don Ex-Emilio Castelar, si se pagara la literatura como se pagan esas obras bárbaras que se denominan pleitos y sumarios! Por algo aquel pobre litigante que ignorando el latín leyó: «Justicia est constants et perpetua voluntas»... lo repetía, mala pero atinadamente, de memoria: «Justicia es costas perpétuas».

El juez, en el concepto de la generalidad, tiene la culpa de todo; hasta de que no haya policía judicial y de que vengan malas las cosechas.

A uno que se lamentaba de su suerte, le pregunté:

--Pero, amigo mío ¿por qué se ha hecho V. juez de primera instancia?

--No sea V. inocente, me contestó; si no me he hecho yo; si me han hecho á fuerza de... recomendaciones.

Otro, entrañable amigo mío, puso todos sus sentidos en que se escribiera en castellano cuanto había de llevar su firma, y él y yo sabemos que, cuando se muera, no habrá alcanzado el logro de sus deseos. En vez de «no ha lugar», que es un solemne galicismo, proponía tres formas, según los casos, porque es de advertir que la generalidad de los escritos son «casos», como los del cólera: «Nequaquam»; ó, «el Juzgado no tiene ócios que consagrar á las pretensiones disparatadas»; ó, «no vi-

niendo en castellano el precedente escrito, pase á la interpretación de lenguas.»

Al pie de cierta demanda disparatada redactó la siguiente: PROVIDENCIA. «A lo principal, no; al otrosí, otronó.»

A los apelantes de juicios verbales que suelen concretar sus argumentos pidiendo: Que obre la justicia; solía decirles: No puede ser; está estreñida, y á los actuarios que se pasan la vida poniendo diligencias, más caras que trenes, les decía:

--¿Por qué no ponen ustedes diligencia de: «coso y uno?»

Como documentos curiosos guarda una sentencia y una providencia, ambas de jueces municipales. La primera recaída en juicio de faltas en el

que, el denunciado, por boca de un pica-pleitos, su defensor, pedía ser absuelto por no aparecer en su contra más que el «rum, rum,» de la gente, decía:

«Considerando que por el «rum, rum,» fué condenado nuestro Señor Jesucristo, que era más decente que el denunciado, que su defensor y que toda su familia...»

Y la providencia dice así: Recíbese «inquisitoria» á Fulano de Tal que se-

gún el rumor público «estubo» hablando con el muerto.

A un juez municipal que participaba hallarse instruyendo diligencias por hurto de «igos,» como el superior le dijera que se escribían con hache, le contestó:

--Vea V. lo que es la ignorancia; hace cuarenta años que los como y todavía no lo he notado.

Es histórico que en cierto pueblo manchego, enemistados por cuestiones de política el juez y el fiscal municipal, éste, que era el boticario, encargó un Código penal, y con él en la mano, echaba el máximum de las penas sobre los amigos de aquél, que, incomodado, se fué á buscar al mayoral de la diligencia y le habló de esta suerte:

--Chico ¿eres tu el que trujo el Código penal pa el boticario?



CABEZA DE ESTUDIO.--A. G. Soriano.

--Sí, señor.
 --¿Cuánto te costó?
 --Dos pesetas.
 --Pues toma un duro, por si es preciso, porque á mí me lo has de comprar de los que peguen más duro. ¡Que no lo olvides!
 Lo malo de las contagiosas fórmulas curialescas, es que nadie logra sustraerse á su maléfico influjo. Pocos habrá que no conozcan el célebre incidente promovido por el ilustre jurisconsulto D. Juan Bautista Alonso. En el acto de una vista, este letrado se pasó una hora

larga divagando y el presidente del tribunal le interrumpió:
 --Señor letrado, déjese la paja y al grano.
 Como el aludido no era torpe ni tardo, con benévola sonrisa replicó:
 --Del grano y de la paja; de todo ha menester el tribunal, ilustrísimo señor.
 La verdad es que la paja curialesca alimenta á mucha gente, y que, los mismos litigantes, si no ven mucha paja piensan que no hay grano.
 Y ¡qué remedio! Al pajar y rueda la bola.

Luis RAMÓN.

A MI HIJO

¿Me preguntas si te amo? ¿Pesar quieres de tu padre el cariño?
 ¿No ves que ahora no puede comprenderme tu corazón de niño?

Pero guarda estas rimas, que algún día apreciarlas podrás.
 ¿Quiéres saber cómo tu padre te ama? Escucha y lo sabrás.

**

Yo te quiero con ciega idolatría con inmensa pasión, como el que siente á impulsos del cariño latir su corazón.

Como el marino su bajel ligero que con las olas juega; como las flores aman el rocío que sus pétalos riega.

Como ama el rendido caminante la fuente cristalina; con el afán que el pecho se apodera del aura matutina.

Como el bravo león, rey del desierto, ama la selva umbrosa; como el cáliz, adora de las flores la loca mariposa.

Con el anhelo y con la fuerza que ama su libertad perdida el preso que en oscuro calabozo ve transcurrir su vida.

Tan grande es el tesoro de ternura que guardo para tí. Nunca, nunca, por mucho que me quieras puedes quererme así.

J. LORENZO.



Sistema recto y seguro para que las cartas lleguen pronto á su destino: Gedeón ha descubierto el siguiente, que es infalible, ó «papa»:

Se echan las cartas por el buzón: se coloca dentro de éste un propio que las lleva á su destinatario y se ahorra uno los quince céntimos del sello.



--Y tu qué quieres ser, Agapito?

—Pues, albeitar, papá: porque las demás profesiones están muy malas, y haciéndome veterinario os podré ser más útil á vosotros.

¡AUX CORNES!

¡Aux cornes citoyens!



UES señor, sonó la hora.

La alianza franco-taurina española es un hecho.

Los cuernos se imponen.

Habrà que luchar, será preciso vencer obstáculos gubernamentales.

Pero el triunfo será de la raza latina.

«Somos miembros de la misma familia, del mismo cuerpo, como decía un orador franco-taurino en Dax.

El gobierno francés vigila, pero no importa.

La conjuración es formidable.

Dax, Bayona, Mont-Marsant, Nimes... media Francia se levanta como un solo picador de toros, contra la otra media.

Además cuentan con elementos españoles de valía.

Cuentan con Guerrita y con el Gallo.

El grito será:

--¡Abajo Grammont, que en paz descanse!--porque no quita lo conjurado á lo cristiano.--¡Viva el cuerno libre!

Hay trabajos realizados, que ponen los pelos de puntas.

He leído ciertos pormenores, en una carta, que atemorizan.

Los conjurados se reúnen en el circo del ramo, y en las altas horas de la noche.

Van armados unos con estoque y muleta simulados, otros, con banderillas, otros, con garrochas y algunos con la «puntita,» según denominación de un «premier épée» indígena.

Se ha constituido una sociedad general, con ramificaciones en diversas ciudades y villas del Mediodía de Francia.

Todos están juramentados.

«Matar (á coups d' épée) ou mourir,» es el lema de los afiliados.

Todos usan ya capa torera, sombrero de medio queso... de Gruyere y coleta.

Varios ayuntamientos se han dejado el pelo.

La constitución social redactada por un escritor francés notable, bajo la dirección de Mistral, según se dice, ha sido repartida impresa en seda de diversos colores y con orlas alegóricas á la fiesta de toros.

Para mayor facilidad de propaganda y como significando la verdadera importancia de la sociedad, la constitución ó reglamento está redactada en idioma también de unión franco-hispano-flamenco-taurina.

«Capítulo primero: De los gobiernos.»

«Capítulo II. De los toros.»

«Capítulo III. De los ciudadanos.»

«Es preciso sufrir las persecuciones de la tiranía, como la sufrieron todos los mártires, desde Hipócrates á Sócrates y vice-versa.»

«Recontracomprimámonos, pero trabajemos para levantar los cuernos de una vez: que el derrote sea seguro.»

«Hasta entonces nada de manifestaciones inoportunas.»

«Cultivemos el arte en secreto, y si es necesario, toreemos en familia, pero toreemos.»

«Se impone el sombrero cordobés para los actos oficiales y la taleguilla, no solamente para los niños de pecho, sino para los mayores y personas de respeto.»

«Juremos sobre los estoques de Pepe Hillo y Romero Ortíz, de Cid, Campoamor y Curritus Guillem de Castro, no desmayar en nuestro entusiasmo.»



En las calles de algunas poblaciones francesas du Midi no se vé más que barbianas con papalina y la navaja en la liga, visible para todos los transeuntes.

Caballeros con su chaquetilla y su sombrero ancho, y diciendo á todo:

—¡Ole, mis petittos filles!

Han adoptado nombres ó motes artísticos ó, si se quiere, andaluces.

Un notario muy entusiasta por los toros, se llama «Mr. Chipén».

Otro señor, que es del ayuntamiento, «Mr. Cornalón».

Las bandas municipales se ejercitan aprendiendo el paso-doble de «Lagartijo», el de «Guerrita» y el de «Mazzantini».

—Algunos autores dramáticos también du Midi de la France, han pedido autorización á los de varias obras españolas «abusivas» y del género taurino, como «Caramelo» de Javier de Burgos, con música de Chueca. «El toro de Gracia», «Toros en París», „Lagartijo y Frascuelo“ y otros.

En las escuelas públicas empezarán á explicar los profesores la «Historia del toreo», «Arte de lidiar reses bravas á pie y á caballo», «Toreros célebres» y otras más.

Los niños se ejercitarán en el manejo de la muleta y del estoque, lancear de capa, banderillar, saltar con la garrocha y al trascuerno, picar, colear y dar la puntilla á cualquiera.

Los conjurados usan divisa de la ganadería del Duque de Veragua y un par de banderillas cada uno.

Los amigos y correligionarios se saludan citándose para quebrar.

Por fin, en un ayuntamiento, ha propuesto un concejal que se varíe el nombre de los Pirineos y se les aplique el de «la barrera».

Así el paso de un país á otro, sería como «tomar el olivo».



EDUARDO DEL PALACIO.

¡¡CON PALMA!!

Tuve amores primero
Con una chica
Que de gracia y salero
Tiene un caudal;
Y aunque es la tal muchacha
Muy guapa y rica,
Si no la dejo pronto
Lo paso mal.
Porque tenía un genio
Tan endiablado
Y unas uñas tan largas
Y «cariñosas»
Que si yo me descuido
Me veo arañado,
Quedándose tan fresca
Como unas rosas.
Después amé á una rubia
También muy guapa,
Y en amarla cifraba
Dicha y ventura;
Pero si no ando listo
¡Vaya! me atrapa,
Porque me había chiflado
Con su hermosura.
Fortuna que una noche
La ví, en su reja,
Charlando muy juntita
Con otro amante,
Y dejándome aquella



Nueva pareja,
Olvidéme de niña
Tan inconstante.
Luego quise á otra joven
Bastante hermosa
Y con unos colores
Muy encendidos,
Que para sí quisiera
Más de una rosa.
¡Jamás otros colores
Ví tan subidos!
Pero aquí entra lo bueno;
Pues cierto día
En que iba de paseo
Con mi adorada,
Ví que el color del rostro
Se... ¡derretía!
Quedándose tan fea
Como burlada.
Y desde entonces huyo
De las mujeres
Y si las miro, lo hago
Con mucha calma:
Gozaré cuanto pueda
de sus placeres;
Mas quiero que me entierren...
¿Cómo? ¡¡Con palma!!

D. AVID.

EL CICLISMO

Sabido es que la ciencia mecánica, en esta última etapa del siglo XIX, ha dotado á la industria y á la sociedad entera con diversos aparatos que, en sus infinitas aplicaciones y en su preciosidad de construcción, son el asombro de la humanidad; pero ninguno se ha extendido tanto por todas las capas de la sociedad, ni es tan útil, tan sencillo, tan cómodo y de tan fácil manejo, como es la bicicleta para el hombre, empleada bajo el punto de vista higiénico y económico.

La vida del hombre es un soplo, ha dicho no se quien, y no hay tiempo para ver ni una pequeña parte de las cosas que encierra el mundo, y era preciso adherir al hombre una máquina para que, en el mismo espacio de tiempo, pudiera contemplar la infinita variedad de terreno que presenta la naturaleza, fuera del alcance de las líneas férreas.

Con la bicicleta, es indudable que el hombre adelanta cincuenta años de su vida, teniendo tiempo para ver el doble de cosas que, sin la bicicleta, no hubiera visto nunca.

El ciclismo ha hecho más extenso el campo de nuestras relaciones sociales, implantándose de una forma tan atractiva y halagueña, que dentro de muy escaso tiempo será una necesidad en la vida de los pueblos como lo es hoy en Australia, Inglaterra, Francia, Alemania y en casi todas las naciones del extranjero, en donde la fabricación de bicicletas ha abierto, á los brazos de millares de obreros, una industria más con que poder ganar el sustento, y al comercio una vida más activa y más íntima en sus relaciones mercantiles y otra nueva fuente de riqueza.

Sin irnos más allá de los estrechos límites de la localidad, aquí mismo tenemos industriales que emplean la bicicleta para hacer sus viajes mercantiles, más largos, en busca de pueblos en donde poder dar más fácil y mejor salida á sus productos, y ciclistas que en sus viajes de recreo recorren infinidad de pueblos que, sin la bicicleta, no hubieran recorrido.

Yo le puedo decir á mis lectores con toda franqueza, y sin que se crea una exageración, que no ha sido una sola vez la que he preferido la bicicleta al departamento más confortable y cómodo del ferrocarril. Este, molesta, cansa y le vuelve á uno loco con su continuo traqueteo y su infernal ruido. La bicicleta, va ligera, sin gran esfuerzo, y se desliza suave y con el silencio más profundo permitiendo contemplar los más variados y vistosos panoramas y hacer paradas en todas las aldeas, caseríos y pueblos por donde pasa el ciclista.

Al ciclista le es más fácil enterarse hasta de los detalles más minuciosos que presenta el terreno, por donde cruza, que al viajero del tren, que se ve obligado, ó mejor dicho castigado, á no ver más pueblos que aquellos á que destina sus viajes.

El ciclista posee la gran ventaja de que siempre tiene dispuesto su carruaje con un gasto ínfimo de cinco céntimos mensuales para aceite con que engrasar los rozamientos.

Así es, que cantemos un himno á la máquina que con tanta velocidad y ligereza nos traslada á todas partes, y gritemos con todas las fuerzas de nuestras energías.

¡Viva la bicicleta!

¡Viva el ciclismo!

JUAN SIN FRENO.



JUAN PARRAS SORIANO
VENCEDOR DE LA CARRERA DE VELOCIDAD



Una novela en un cuento



Miguel y yo estábamos parados en la esquina del Caballero de Gracia, cuando vimos avanzar hacia nosotros un hombre vestido de luto. Se paró á nuestro lado y nos dijo:

—¿No me conocéis?

Miguel y yo lo miramos, exclamando á un tiempo: ¡Ignacio!

—¿Qué te pasa? ¿Porqué vas de luto? Estás tan demacrado que nada tiene de particular no te hayamos conocido en el primer momento.

—Estoy enfermo, me han ocurrido tantas desgracias y tantos pesares he sufrido, que más que enfermo debía estar muerto.

Si queréis conocer mis pesares venid conmigo; sabéis que vivo en la calle de Peligros y no os costará trabajo llegar hasta mi casa.

Le acompañamos y cuando estábamos en su cuarto, sentados á su lado, comenzó á hablar de esta manera:

Es triste, tan triste que solo su recuerdo paraliza mi corazón, mis pelos se ponen de punta y la sangre deja de circular por mis venas. He sido malo y todo lo que sufro no puede compensar mi maldad; he sido mal hijo y me causo horror á mí mismo; he sido ingrato y la ingratitud se paga.

En una tarde del pasado invierno, en que las nubes lo cubrían todo, en que los pájaros habían enmudecido y Madrid estaba todo lo triste que se pone en las tardes oscuras del otoño, me encontraba yo fumando un cigarro, tumbado, en ese mismo divan en que estais vosotros ahora, y dispuesto á no salir hasta la hora del teatro, cuando me entraron una carta. Era de mi querida rogándome que fuera á hacerle compañía.

Me vestí, bajé la escalera y al llegar á la puerta, un criado de casa de mi madre me anunció que estaba enferma.

—Dile que voy enseguida, le contesté y eché á correr, con ánimo de prevenir á Concha y dirigirme á casa de mi madre.

Pero el hombre propone y la mujer, ó el diablo, disponen.

Concha me entretuvo, comí con ella, con ella pasé la velada y cuando, al amanecer, salía de su domicilio, me acordé que la que me había dado el ser estaba mala, tal vez grave, quizás muerta.

Cuando este pensamiento vino á mi mente, ya no anduve, corrí; la poca gente que transitaba á aquellas horas por las calles de la corte, me miraba espantada y me dejaba libre el paso. Parecía un loco. Llegué á la calle de Atocha é instintivamente miré á los balcones; ví mucha luz y quedé como petrificado. La horrible verdad estaba ante mis ojos. Me rehice, subí de cuatro en cuatro los escalones, entré en una habitación y sobre una cama imperial ví el cadáver de mi madre á la luz de cuatro cirios, que con su resplandor amarillo, daban un aspecto siniestro á todo lo que había en aquella sala.

Miré aquel cuerpo; de aquel cuerpo, miré el rostro; de el rostro miré la boca; era la misma que tantas veces me había besado, aquella boca que nunca pronunció para mí sino frases de cariño, y que yo no había sellado con mis labios en la hora de la muerte; que, no obstante, me pareció que sonreía, con una sonrisa dulce, de amor profundo, como diciendo:

Te perdono.

Luego miré los ojos que yo debía haber cerrado en aquel momento supremo, y comprendí lo mal que obra un hijo que deja que una los párpados del ser querido, una mano extraña. Entonces me creí sacrilego.

Ignacio descansó un momento y prosiguió:

No quiero describir las torturas que sufrí en aquella noche, los siniestros pensamientos que embargaron mi imaginación durante aquellas horas en que, sólo con mi madre muerta, no escuché más ruido que la voz de mi conciencia que me acusaba sin tregua ni descanso.

Llegó el día, con el día llegaron los empleados de la funeraria y con ellos los amigos. Iban á soldar la caja y solo en aquel instante y delante de mucha gente me atreví á depositar un beso sobre la frente de la pobre muerta. Más tarde llegó el entierro y ya que antes no la había acompañado la quise acompañar después. Fuí con ella, volví á verle la cara y cuando la bajaron á la fosa y los sepultureros echaron la primer palada de tierra, el golpe de ésta sobre el zinc de la caja, resonó en mi corazón como si fuera un martillo al caer sobre mi cráneo; sentí un dolor intenso, agudo; un nudo me oprimía la garganta impidiéndome respirar hasta que un torrente de lágrimas brotó de mis ojos y corrió por mis mejillas, mientras aquellos hombres seguían indiferentes echando más tierra sobre la primera, produciendo un ruido que al escucharlo, sin saber lo que hacía caí de hinojos, miré al cielo y pensé en Dios.

Me sacaron de allí, y al llegar á mi casa tenía una fiebre altísima que ha puesto en peligro mi vida.

¡La vida! Que bien hubiera hecho la Providencia con no dejármela. Porque la existencia del hombre que, como yo, lleva sobre su conciencia el peso de un crimen como el mío, tiene que ser una existencia amarga.

Ahora, cuando no estoy en el cementerio poniendo flores sobre la piedra que cubre el cuerpo de mi madre, estoy aquí pensando en ella y entonces se me ocurre que Dios hará que yo tenga un hijo, para que vengue en mí lo que yo hice, y mis sufrimientos son horribles y... no puedo más, amigos míos.

Se apoyó mi pobre amigo en el hombro de Miguel y rompió á llorar.

Después de un rato continuó: Y lo más feróz de todo es que sigo queriendo á esa mujer y mi tormento es mayor porque siempre que estoy á su lado, entre ella y yo veo la escena de aquella noche y el cuadro del camposanto. Yo necesito que esto acabe porque mi corazón no puede más, presiento que mi cerebro va á estallar, y que voy á enloquecer.

Nosotros procuramos consolarle y al poco rato salimos de la casa ofreciéndole volver al día siguiente.

Eran las doce y estaba yo aún en la cama cuando entró Miguel en mi cuarto. Abrió las ventanas y puso ante mis ojos un periódico donde se leía con letras muy grandes: «El crimen de anoche,» á continuación decía así:

«Serían las doce de la noche cuando una detonación y algunas voces de socorro pusieron en alarma á los vecinos de la calle de Argensola. El ruido era producido en el cuarto bajo de la casa número... El delegado del distrito y las autoridades que llegaron en los primeros momentos, pudieron apreciar un cuadro verdaderamente aterrador. En el suelo y en medio de un charco de sangre, estaba tendida una hermosa joven que presentaba siete heridas de arma blanca; á su lado estaba con el cráneo deshecho un caballero vestido de luto.

En el suelo había un revolver y un cuchillo.

La mujer fué trasladada al hospital con pocas esperanzas de vida y él, autor del crimen, al depósito judicial.

La herida, es una conocida «demimondaine» llamada Concha «la florista». A las preguntas del juzgado dijo que el caballero era su amante y que su nombre era D. Ignacio R...»

«Última hora.»

«Concha «la florista» murió esta madrugada á causa de una de las heridas que había interesado un pulmón.

Se cree que el móvil del crimen han sido los celos.»

El periódico no decía más. A mí se me cayó el papel de las manos; fijé mis ojos en Miguel y dije:

¡Pobre Ignacio!

EL BARÓN DE STTOFF.

Fiat voluntas tua

De rodillas en el huerto
está nuestro Redentor:
su faz divina ha cubierto
frío y sangriento sudor.

Hacia el cielo la mirada
dirige y el caliz ve
con cuya sangre regada
germinará nueva fé,

y así exclama:—Padre mío
de este caliz de dolor
y de amargura, confío
que me apartará tu amor.

Para ser del sacrificio
víctima eterna, nací;
del angustioso suplicio
la imagen veo ante mí;

infiltrame su flaqueza
mi vestidura carnal
y me invade la tristeza
de mi destino mortal.

Más si es mi dolor preciso
y por tí se decretó
para abrir del Paraiso

la puerta que Adán cerró;

Si redime mi agonía
á toda la humanidad,
antes, Señor, que la mía,
hágase tu voluntad.

Señor, ante mi presencia
pone sin tregua el dolor
el caliz de mi existencia
lleno de amargo licor.

Mi cuerpo, debil, vacila
bajo el peso de su cruz
mientras mi espíritu oscila
entre la sombra y la luz.

Más si un nuevo hombre, labrado
por el dolor, nace en mí,
y la mancha del pecado
he de borrar sólo así;

si logra la angustia mía
mi eterna felicidad,
antes, Señor, que la mía
hágase tu voluntad.

Luis CÁNOVAS.



LA REACCION RELIGIOSA

OCTUBRE

- 1 V. s. Remigio.
- 2 S. sta. Celia.
- 3 D. Ntra. Sra. del Rosario.
- 4 L. sta. Aurea.
- 5 M. s. Atilano.
- 6 M. s. Bruno.
- 7 J. sta. Osita.
- 8 V. sta. Brigida.
- 9 S. s. Dionisio.
- 10 D. s. Luis.
- 11 L. s. Nicasio.
- 12 M. s. Serafin.
- 13 M. s. Gerardo.
- 14 J. s. Calixto.
- 15 V. sta. Teresa.
- 16 S. s. Galo.
- 17 D. s. Erón.
- 18 L. s. Lucas.
- 19 M. s. Varo.
- 20 M. sta. Irene.
- 21 J. sta. Celia.
- 22 V. sta. Maria.
- 23 S. s. Juan Capisano.
- 24 D. s. Rafael.
- 25 L. s. Crispin.
- 26 M. s. Evaristo.
- 27 M. s. Vicente.
- 28 J. s. Simón.
- 29 V. s. Nareso.
- 30 S. s. Claudio.
- 31 D. s. Quintin mr.

Odón de Buen—suspendido en el ejercicio de sus funciones docentes; por haber escrito una teoría cosmogónica opuesta al Génesis; Anselmo Arenas—privado de su cátedra, por haber publicado una Historia de España, en la que pinta con vivos colores los desastres causados por el absolutismo y la teocracia; el general Blanco—substituido en el mando superior de Filipinas, por manejos monásticos; la abundancia de frailes; las demasías del clero secular; los rosarios de la aurora; las publicaciones recientes; todo indica que nos encontramos en un periodo de extremada reacción teocrática.

No es, sin embargo, peculiar de España el fenómeno cuya existencia señalo. Se observa en casi toda Europa; teniendo más ó menos intensidad, en cada país, según su educación, temperamento é instituciones por que se rige.

«El retoñecimiento de la demencia religiosa—leo en un libro de Augustin Thierry—deshonra los últimos días de este ilustre siglo racionalista».

¿A qué obedece semejante retroceso? ¿Cómo el siglo XIX, engendrado, cual dice Broglie, en la incredulidad, ha vuelto á caer en el misticismo?

Problema es éste, muy complejo, que no tengo la pretensión de resolver. Quisiera, si, esbozarlo y exponerlo á la consideración de personas más competentes.

No falta, sin embargo, quien de él se haya ocupado. Un jesuita, el P. Ravignan, lo estudió, en sus comienzos, y le dió por causas: «una necesidad comprobada, una duda confesada y una alianza pactada con el lenguaje de la fé»

Causas son, efectivamente, de la reacción teocrática las que señala el P. Ravignan. Pero no son las únicas.

I

La humanidad se hallaba dividida en clases. Unos nacían para mandar; otros nacían para obedecer. La muerte del Cristo,—que predicaba la fraternidad; el triunfo del Evangelio; la conversión de los poderosos de la tierra á la religión del Crucificado, no habían sido bastante á cambiar, en su esencia, la antigua organización de las sociedades humanas. Suprimida la esclavitud, quedaba la servidumbre.

Cansado el pueblo de la tiranía de los señores territoriales, recurrió al rey, le ofreció apoyo y le pidió justicia.

El feudalismo sufrió rudo golpe; pero el pueblo logró, únicamente, variar de tirano. No encontrando poder que limitara el suyo, los monarcas imaginaron ser la personificación viviente del Estado.—«L'Etat c'est moi» decía Luis XIV.

La injusticia, la arbitrariedad, seguían imperando en las últimas décadas del siglo de Voltaire. Era el apogeo del absolutismo de los reyes.

Contra él se alzaron las naciones, educadas por los filósofos y aguijoneadas por la necesidad.

Al poderoso embate de la ola revolucionaria, cayeron los tronos, se borraron los últimos vestigios del feudalismo territorial y la palabra libertad acarició los oídos, resonó en los corazones y se escribió en los códigos de los pueblos cultos.

Hombres eminentes, turbas entusiasmadas, naciones ébrias de gozo, creyeron haber inaugurado el reinado del derecho:—una era de paz, de justicia y de concordia. El cesarismo primero, la reacción después, acreditaron que era incompleta la obra realizada: no estaba concluida.

Se había echado vino nuevo en odres viejos; se había conquistado la libertad: la libertad de morir de hambre, según algunos.

El siervo de la gleba se había transformado en mercancía. A la legislación feudal había sustituido la férrea ley del salario.

Filósofos y filántropos elevaron contra las instituciones sociales protestas semejantes á las que arrancaban, anteriormente, las instituciones políticas.

El tercer estado había luchado por la libertad; el cuarto estado se aprestó á combatir por la igualdad en la acepción más lata de la palabra.

Al restablecerse, en Francia, la república, el año 1848, tras la revolución política triunfante, se vió surgir amenazadora la revolución social.

II

Como los reformadores de todos los tiempos y de todos los países, los socialistas franceses del año 48 trataban de apoyar sus pretensiones en la razón y se calificaban de obreros del progreso.

Y sus palabras encontraban eco en todos los ámbitos del mundo civilizado.

Los intereses creados buscaron como siempre apoyo en lo tradicional.

Entonces comenzó la reacción religiosa.

Los privilegiados son pocos; los desheredados de la fortuna son muchísimos. La fuerza está de parte de los últimos; la habilidad y los medios materiales de parte de los primeros. El éxito de la guerra social era dudoso. Al apuntar las novísimas tendencias se apoderó de todos los ánimos el terror y la esperanza.

Esperanza; miedo; he aquí los dos factores de la superstición. Baruch Spinoza lo ha demostrado.

«El terror y la esperanza—dice, á su vez, el escritor católico Broglie—son dos sentimientos religiosos, de igual naturaleza que el alma humana, cuya expresión involuntaria es la oración».

A impulsos de esos sentimientos, se llenaban de gente las iglesias, volvían á los labios olvidadas plegarias, aumentaba el esplendor de los cultos.

Creían los socialistas contar con la divina protección del que prefería á los humildes, anatematizaba las riquezas y aconsejaba la renuncia de los bienes temporales.

¡Fenómeno curioso! Los «burgueses» imploraban, del apóstol de la pobreza, la defensa del derecho de propiedad. ¡Volterianos que volvían la vista al cielo, pidiéndole los bienes de la tierra!

NOVIEMBRE

- 1 L. TODOS LOS SANTOS.
- 2 M. sta. Eustoquia.
- 3 M. s. Valentin.
- 4 J. s. Carlos.
- 5 V. sta. Isabel.
- 6 S. s. Severo.
- 7 D. s. Ernesto.
- 8 L. LOS CUATRO SANTOS Coronados.
- 9 M. s. Teodoro.
- 10 M. s. Andrés.
- 11 J. s. Martin.
- 12 V. s. Diego.
- 13 S. s. Arcadio.
- 14 D. s. Serapio.
- 15 L. s. Leopoldo.
- 16 M. s. Rulino.
- 17 M. s. Acisclo.
- 18 J. s. Odón.
- 19 V. s. Abdías.
- 20 S. s. Félix.
- 21 D. s. Gelasio.
- 22 L. sta. Cecilia.
- 23 M. s. Clemente p.
- 24 M. sta. Flora.
- 25 J. sta. Catalina.
- 26 V. s. Pedro.
- 27 S. s. Facundo.
- 28 D. s. Rufo.
- 29 L. s. Saturn'no.
- 30 M. s. Andrés.

DICIEMBRE

- 1 M. s. Eloy.
- 2 J. sta. Elisa.
- 3 V. s. F.º Javier.
- 4 S. sta. Bárbara.
- 5 D. s. Sabas.
- 6 L. sta. Asola.
- 7 M. s. Agatón.
- 8 M. INMAC. CONCEPCIÓN.
- 9 J. s. Cprano.
- 10 V. sta. Eulia.
- 11 S. s. Dámaso.
- 12 D. s. Sinesio.
- 13 L. sta. Lucía.
- 14 M. s. Arsenio.
- 15 M. s. Ireneo.
- 16 J. s. Valentin.
- 17 V. s. Lázaro.
- 18 S. s. Zósimo.
- 19 D. s. Nemesio.
- 20 L. sto. Domingo.
- 21 M. s. Tomás.
- 22 M. s. Zenón.
- 23 J. s. Sérvulo.
- 24 V. s. Dellin.
- 25 S. NATIV. DE NTRº. SR. JESUCRISTO.
- 26 D. s. Zenón.
- 27 L. s. Juan.
- 28 M. Inocentes.
- 29 M. s. David.
- 30 J. s. Sabino.
- 31 V. s. Silvestre.

Jesús había dicho: «Vende lo que tienes, reparte á los pobres el precio de la venta y sígueme». Y ellos, en vez de abandonar sus bienes por seguir á Jesús, practicaban el cristianismo, por conservar lo que tenían.

Así obran los espíritus débiles. Ante el peligro que no saben prever, ni evitar, ni soportar, recurren á la providencia é imploran un milagro.

III

No todos los que volvían á las iglesias y recomenzaban las prácticas piadosas creían, sin embargo, en los milagros. Los había que, al defender los antiguos dogmas y asistir á las ceremonias del culto, se proponían solamente «dar ejemplo»: robustecer la fuerza de la tradición. Como los antiguos augures se reían interiormente de lo que aparentaban adorar. Pero imaginaban que «los proletarios» seguirían creyendo y despreciando los bienes materiales.

El interés, además de miedoso, es ciego. No veían aquellos hipócritas que no puede hacer prosélitos quien carece de fé, y que el peligro no se conjura pagando sacerdotes que prediquen al pueblo la resignación.

La especie no ha desaparecido; todo lo contrario. De aquí que se hable poco, en nuestros días, de las excelencias de la religión, del ascetismo, de la penitencia; y, en cambio, se habla mucho de la «conveniencia» del culto externo. De aquí, también que los censores más duros del que predica doctrinas no del todo conformes con la religión imperante, sean los ateos recatados.

No presenciamos, no, un renacimiento de la fé—que sería respetable. La fé, una vez perdida, raramente se recobra. Presenciamos una manifestación de la ignorancia combinada con el egoísmo: «una alianza pactada con el lenguaje de la fé», como dice el P. Ravignan.

IV

A fomentar la reacción católica, contribuye el sensualismo. Lo ha dicho otro escritor católico: René Doumic.

Hay, en la época contemporánea, seres que han convertido el goce en objetivo único de su existencia. Instruidos, ricos, ociosos, recorren el cielo de los placeres posibles, llegan al hastío y marchan al acecho de nue-

vas sensaciones. El gusto que en ellos predomina por lo artificial, por lo que empieza á corromperse, ha engendrado, según René Doumic, ese misticismo que es la última moda en literatura.

El catolicismo contiene gérmenes de sensualidad. Las ceremonias y pompas del culto externo:—la media luz misteriosa de las iglesias, la intimidad de las capillas, el esplendor marchito de los ornamentos, la tibieza de la atmósfera, el olor del incienso, el husmo de los cirios, el perfume de las flores, el secreto de las palabras murmuradas, la armonía de la música y de los cantos, son otras tantas caricias á las que sucumben, á un tiempo, todos los sentidos y que hacen correr por todo el cuerpo una voluptuosa languidez.

La religión aporta á la sensualidad otro socorro, puramente intelectual: «la sal del pecado», que dice Campoamor. Gracias á ese diabólico fermento de que habla una «Dolora», la falta que nos era indiferente se trueca en agradable.

Así se explica el afán de Tenorio por seducir á la monja, en el drama de Zorrilla; así se explican los gustos macabros de los calaveras medioevales; así se explica que la napolitana de la anécdota lamentara que no fuese pecaminoso tomar sorbete.

«Lo que más agradecen muchas gentes al cristianismo—añade el

escritor antedicho—es la invención del pecado que aumenta la suma de los goces.»

V

El misticismo literario pasará, y pasará pronto. Las modas son fugaces. Cuando haya pasado, quedará poca cosa de esos escritores que sacan del uso de la bicicleta un argumento en favor de la iglesia y quieren probar, por medio del espiritismo, la presencia real de Cristo en las especies consagradas.

Otros hay que merecen mayor atención, como Brunetiere,—autor del prólogo, y Balfour, autor del libro, recientemente publicado y ya célebre, que se titula «The foundations of belief». Uno y otro juzgan á la razón y á la ciencia incapaces para determinar, no solamente las creencias religiosas, si que también los ideales políticos y las leyes morales.



CUADRO DE E. DE ALBA.

«Nosotros—dicen—no debemos á la razón ninguno de los principios sobre los cuales reposan las sociedades: la prueba es que, si quereis conmovier hasta sus fundamentos, sociedades y principios, no teneis más que intentar «racionalizarlos».

—«¿Hay algo—pregunta Brunetiere—menos racional que el matrimonio, la propiedad, el Estado y la patria?—Sí—contesta él mismo—la religión».

Y del hecho de ser «irracionales» (sic) esas instituciones humanas, deduce que la razón no debe ser atendida en materia religiosa. Como si del hecho de hallarse enfermo un órgano del cuerpo humano, según la ciencia médica, pudiera deducirse que no es á un cirujano, sino á un ignorante curandero, á quien debemos dirigirnos para que cure las enfermedades.

Lo que hace—sin pretenderlo, creo—es explotar en beneficio de la religión, el miedo á las reformas sociales. Con lo cual pudiera, muy bien, cooperar al derrumbamiento de todo lo existente.

Extremando el argumento, llegan á sostener los que llamaríamos «filósofos del misticismo», si misticismo y filosofía pudieran ir juntos, que «las inspiraciones de la razón no sirven, en cierto modo, más que para «deshumanizarnos»; y que si permanecemos capaces, todavía, de experimentar sentimientos «altruistas», si persistimos con aptitud para progresar, lo debemos á lo que sobrevive de «irracional» en nosotros.

¿Puede concebirse mayor paradoja?

¡Conque la «razón», la facultad por excelencia, la que distingue al hombre de los demás seres que habitan nuestro globo ¿es la que lo «deshumaniza»?

¡Y lo «irracional», la parte de bestia que subsiste en el ser humano ¿es lo que le sugiere sentimientos humanitarios?

VI

La razón, es verdad, ha instruído proceso á todas las religiones reveladas y, de acuerdo con la ciencia, encargada de la acusación, las ha condenado.

Pero no es imposible concebir una religión que esté de acuerdo con la ciencia y con la razón.

El que se aleja del error se acerca á la verdad; y, como la suprema verdad reside en Dios (ó Dios no existe) el que se aleja del error se acerca á Dios.

La razón no nos podrá decir donde está Dios, ni cual es su naturaleza; pero nos enseña el camino de la verdad. Colón ignoraba, también, la situación y la naturaleza del Nuevo Mundo y, con el auxilio de la brújula, lo descubrió.

La razón es el criterio de la moralidad, como Kant tiene demostrado. Quien oiga el imperativo categórico de la razón y ajuste á él todos sus actos se acerca también á Dios, si Dios es la suprema justicia.

La ciencia no niega la existencia de Dios: Dios es para ella lo «incognoscible».

Tampoco niega la inmortalidad del alma. Carece de

datos para afirmarla; pero los suministra para presumirla racionalmente.

Aun suponiendo que alma no sea más que la resultante de nuestras fuerzas cerebrales, no repugna á la razón que el pensamiento dé origen á una entidad moral capaz de sobrevivir á la substancia material que la ha engendrado. Siendo indestructibles los elementos de la materia, no es absurdo creer que el ser moral persista después de la disolución del cuerpo; lo mismo que el género y la especie sobreviven al individuo.

Si los seres organizados han podido aparecer sobre la tierra, informe y árida, en un principio; si una simple célula ha podido convertirse en un ser viviente, capaz de perpetuarse hasta lo infinito por la reproducción, ¿por qué las vibraciones cerebrales llamadas «pensamiento» no han de poder transformarse en un ser personal y durable?

Es posible, pues, una religión racional cuyo culto sublime consista en la práctica de la moral; cuyos dogmas sean la Verdad y el Bien y cuya fé tenga por objetivo un Dios justo y omnipotente que no suspenda los efectos de sus sabias leyes, ni por dádivas, ni por súplicas, ni por influencias.

A esta religión pertenecía indudablemente aquel personaje de un drama de Echegaray que aconsejaba á un discípulo suyo, en circunstancias críticas, «mirar á la conciencia, ver lo que en ella ha escrito Dios, cumplirlo y basta».

VII

Pero esta religión exige, indispensablemente, ciertos hábitos mentales. Interrogarse á cada momento, juzgar las propias acciones imparcialmente; distinguir la voz de la razón, cuando gritan las pasiones; separar el trigo de la cizaña, depurar su espíritu; todos estos son esfuerzos que se resisten á los perezosos.

Es verdad que á costa de esos esfuerzos se consigue ser realmente racional: hombre. Pero muchos prefieren abdicar su razón; poner su conciencia en manos mercenarias; convertirse en autómatas. Eso les proporciona, quizás, cierto bienestar: el bienestar del carnero que sigue al de la esquila.

La falta de caracteres, producto de una educación viciosa; la falta de virilidad, efecto del abuso de los deleites sensuales, favorecen esa propensión y, por consiguiente, la reacción teocrática.

Se deduce, en resumen, que son causas de dicha reacción:

- 1.^a El miedo de perder las ventajas materiales aseguradas por la actual organización social.
- 2.^a La esperanza de obtener milagrosamente las antedichas ventajas.
- 3.^a El deseo de experimentar desconocidas sensaciones y goces refinados.
- 4.^a La pereza intelectual.

EL SABÁTICO.



El hombre de las pesadillas



sí como hay hombres que sufren de las muelas, ó que se llenan de ingleses como pudieran llenarse de sabañones, ó que son desdichados en sus negocios hasta el punto de que todo se les tuerce, mi amigo D. Justo Choquezuela vivía martirizado por los sueños todas las noches de Dios.

¡Y cuidadito que el hombre procuraba dormir tranquilo!

Pero no hallaba medio de sustraerse á la acción de las pesadillas, que para él eran harto pesadas.

Consultó el caso con los doctores más conspicuos, y estos hicieron todo lo posible para volverle loco.

Uno le recetó fricciones en el espinazo con salsa de calamares.

Otro, polvos insecticidas en ayunas.

Este le ordenó la quietud absoluta; aquél el movimiento continuo, y el de más allá un ejercicio moderado.

Pero, nada; D. Justo soñaba á todo soñar.

Probó á dormir boca abajo, boca arriba, de costado, en cuclillas, con los pies sobre la almohada, con una caja de mazapán encima de la cabeza, sólo, con su señora, con un perro de caza, con una prima suya de Badajóz... ¡todo inútil!

A los cinco minutos de acostarse rompía á soñar como un desesperado.

Ha tenido épocas en que sólo soñaba cosas espeluznantes; como, por ejemplo, que la portera subía con un cuchillo y le cortaba el pescuezo, ó que un toro le rebañaba con los cuernos las vísceras más importantes, ó que se caía desde un tejado, aplastando en la calle á dos ó tres canónigos.

Otra temporada tuvo, en que soñaba cosas extravagantes. Verbigracia: que el bigote se le había vuelto verde, que las zapatillas andaban solas, que el río Manzanares llevaba agua, que no habíamos quedado bien en la cuestión de Marruecos... en fin, verdaderas rarezas.

No hay para qué decir que el pobre señor se levantaba de la cama completamente mareado y que su señora era una mártir del catre.

¡Cuántas veces oía la criada, de suyo curiosa, esta ó parecida conversación á las altas horas de la noche!

—Justo... Justo...

—¿Quién vá?

—Despierta, por Dios; que me has reventado un ojo.

—Es que estaba soñando con que me atracaban.

—¿De qué?

—De nada. Era que me robaban y yo me defendía.

—Pues hazme el favor de corregirte. O sueñas cosas más tranquilas, ó te vas á dormir debajo del fregadero.

—Perdóname, Torcuata. ¡No lo puedo remediar! Pero yo te prometo que en cuanto me asalte otra vez la pesadilla, te avisaré para que me despiertes.

Durante unos cuantos meses tuvo D. Justo el don de adivinar en sueños.

Cosa que soñaba, cosa que «salía».

Soñó una vez que iban á dejarle

cesante y le dejaron. Otra vez soñó que á su criada le iban á dar un veneno... y la dieron dos. Soñó cierta noche que le daban una vara de alcalde, y efectivamente, al otro día no le dieron una vara; pero le dieron un palo, que es cosa muy parecida.

Soñó, en fin, que la nariz le había crecido mucho y también acertó; porque una corista de quien pretendía favores, le dejó con un palmo de narices.

No tardó en cundir entre los amigos de D. Justo Choquezuela su cualidad de adivino, y es inútil decir lo celebrado que fué durante algún tiempo, hasta que se le acabó la virtud y comenzó á dar pifias.

La siguiente pesadilla concluyó de consolidar su desprestigio.

Había soñado que su vecino López se entendía con la portera.

Comunicóselo al interesado, que recibió un alegrón.

¿Pero saben ustedes lo que sucedió? Que quienes se entendían eran la señora de López y el portero.

Desde entonces todas las pesadillas le fracasaban.

Bastaba, por ejemplo, que D. Justo soñase una baja en el precio de la merluza para que la merluza encareciese.

En fin, le dió por soñar que su casero (no el casero de la merluza) fallecería de un momento á otro, y el casero se puso en cuatro días más gordo que Berges.

El penúltimo sueño del pobre Choquezuela fué verdaderamente notable. Se hallaba en medio de un lago fantástico, bajo un dosel de guirlache y piedras fi-



nas rodeado de plantas «tropicals» (como decía su mujer) aspirando ricos perfumes, desde el del jazmin hasta el de la cebolleta, escuchando música celestial y gozando de las caricias de una apetitosa caterva de hadas, ondinas, sílfides, náyades y ribeteadoras en paños menores.

De repente surgió de entre las matas un moro enorme y cogiendo al protagonista del sueño y dándole una puñalada traperera le hizo caer al agua y le dejó seco aunque esto parezca imposible.

Tal fué la pesadilla de D. Justo. Al soñar que el moro le asestaba el golpe, se dió el pobre señor un morrocotudo cayendo al suelo desde el tálamo.

Y no fué esto lo peor, sino que se encontró sorprendido con la ausencia de su señora.

En vano la buscó para que le pusiera una bisma ó le sirviera un «bisté,» pues la buena mujer, harta de pesadillas, había resuelto desaparecer para siempre.

Hemos llamado penúltimo al referido sueño, porque á la noche siguiente, y de resultas de la conmoción «cerebral» que había sufrido en los riñones, dormía D. Justo el sueño de sus tocayos, el último, el eterno.

O lo que es lo mismo se había «escurrió por fin pa el otro barrio», como nos dijo su cocinera.

Ignoramos lo que el pobre Choquezuela habrá soñado después.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

(DIBUJOS DE MECACHIS).



El rayo de luz

Ante el altar postrada y suplicante
con la fé que le presta su agonía,
la pobre niña al Redentor envía
amargas quejas del ingrato amante.

«Rey de cielos y tierra, oye atento
y verás si no es nada lo que pasa
hace ya ¿qué se yo?... que no va á casa
lo menos hace un año y no te miento.

Esto no es justo, porque yo le adoro,
porque por él, Señor, apenas vivo,
y como él se ausentó tan sin motivo,
yo no sé lo que hacer y sufro y lloro.

Tú que vés de los míseros mortales
aun sus más escondidos pensamientos,
cuéntale, pero á él sólo, mis tormentos,
mis muchas penas y mis grandes males.

Adviértele, Señor, que yo afanosa
sólo espero la gloria en su cariño,
que habiéndome adorado, cuando niño,
hacerle que hoy me quiera no es gran cosa.

Repítele, ¡oh, mi Dios!, que no sea tonto,
que fiel á su cariño siempre espero,
que no tarde en volver, pues sin él muero
y no debo morir, Señor, tan pronto.»

Así á la imagen refería la historia
que suelen inspirar los desengaños,
aquella casta virgen de quince años
que cifra en el amor toda su gloria.

Cuando un rayo de luz del sol naciente
á través del cristal pasó ligero,
y trémulo ante el Cristo en el madero
llegó á la niña y la besó en la frente.

L. MIGUEL FARGA.



La igualdad

Pasáronse para siempre
aquellos benditos tiempos
en que había en esta tierra,
aunque poco, algún dinero.
Hoy ya no existe quien tenga
onzas de Carlos tercero,
ni monedas de cien reales,
ni pesos, ni medios pesos;
el que tiene una peseta
pasa por ser un banquero,
ó príncipe ó hacendado,
que el título es lo de menos,
y es muy raro caso, á fé,
el topar con uno de estos.
Lo único que «corre» ahora
es alguno que otro «perro»,
(que es como han dado en llamar
al cobre sucio é infecto)
y esos con tal escasez
que no los husmea un sabueso.
De seguir la cosa así,
y, por las trazas, voy viendo
que sí seguirán, parece
que hemos de alcanzar el tiempo
en que sea una verdad
la igualdad... ante el dinero;
es decir, que estemos todos
sin camisa, cuando menos,
y así tendremos muy pronto
este problema resuelto.

JAMBLAS.

EL EMIGRADO



Todo está igual! Parece que fué ayer! ¡Y sin embargo fué anteayer! ¡Han transcurrido doce años! ¡Patria, hogar, tal vez una esposa querida é inconsciente...! ¡Qué duda! ¡Qué ansiedad!

¿Quién había de reconocer á Fritz, al valeroso Fritz, que huyó de su país cuando los ejércitos alemanes le invadieron?

Aquella barba larga, súa y enmarañada, aquellos cabellos que á manera de crines caían sobre sus hombros y espalda, aquel vestido de mendigo calabrés eran disfráz sobrado para convertir á Fritz en un mamarracho.

—Allí está el pueblo—se decía, apuntando con el palo nudoso que, al parecer, le servía de apoyo y, en realidad, de defensa.

—Allí la casita del animal del alcalde; allí el cementerio; allí la casa de mi Hortensia... ¿De mi Hortensia? Sí; mi amigo del alma Jacobo, autorizado por mí, con ámplios poderes, se casó con ella en mi nombre. ¡Matrimonio desdichado! Aquel mismo día salí yo de mi pueblo y después de Francia. Un matrimonio sin luna de miel...!

En estas reflexiones, llegó Fritz á la entrada del pueblo.

Era ya próximo el obscurecer.

Un hombre que vestía traje talar, se detuvo al ver al emigrado.

El aspecto de Fritz era el de un mendigo.

El cura del pueblo, porque él era el «hombre del traje talar», saludó al desconocido.

Fritz le miró con fijeza.

—No es el padre Jacinto—pensó.—¿Habrá muerto? ¡Ah! ¡todo muere...! ¡todo, menos yo! ¡Des-

dichado!

—Padre—murmuró Fritz, después de corresponder al saludo del sacerdote—celebro encontrar á V., antes de entrar en el pueblo.

—Hermano—respondió el padre Jacinto—pobre soy, pero me debo al prógimo.

—Nada pido, sino consejos, nada necesito más que ciertas noticias. ¿El padre José?...

—Murió en el ejercicio de su sagrado ministerio, auxiliando á los heridos, en la guerra contra los alemanes. Murió como un santo y como un héroe.

El emigrado pensó «involuntariamente»:

—Como yo.

—Soy el indigno heredero de aquel varón virtuoso y patriota excelente. ¿En qué puedo servir á V.? Mi deber es socorrer al infortunado y consolar al triste.

—Y por qué no vestir al desnudo—se ocurrió á Fritz revisando su indumentaria.

—Desahogue su pecho y no dude de encontrar en mí un amigo del pobre y un ministro del Señor.

El de la barba y la melena vaciló.

Después relató su historia al padre Jacinto.

Este quedó pensativo.

—¿Ha muerto también ella?—preguntó Fritz con ansiedad «marcada»—que decimos los «noveladores».

—Más valiera—debió de pensar el cura.—No ha muerto—respondió—vive y vive tan á gusto... Ven, ven á mi casa y allí prepararemos lo más conveniente.

—¿Lo más conveniente para la presentación?

—Sí, eso es.

—Y se conserva tan guapa y tan buena?... insistió el emigrado.

—Sí, muy guapa—afirmó.

—¿Y virtuosa, honrada?...

—Sí, sí... virtuosa ma... digo, virtuosa matrona, honrada esposa... Pero ¡vamos! vamos de aquí, que necesitamos hablar detenidamente.

**

—Templos, fábricas, palacios y hospitales en ruinas, campos talados y yermos, troncos humanos inanimados, edificios ennegrecidos por el humo del incendio de los que les rodean, ancianos sin pan, mujeres sin consuelo, niños sin padres conocidos... La miseria, la muerte, la humillación,—hablaba Fritz, después de comer.

—Cuadro terrible, hijo mío—afirmó el cura entre socarrón y distraído.

—¿Y tú has visto algo de eso?

—Entre sueños, padre: he sufrido pavorosas pesadillas en tierra italiana.

—¡Yá! Tú para evitarte tantos horrores, preferiste la emigración á la lucha.—¡Alma tierna! ¡Corazón delicado! La emigración.





—Es un martirio... ¡Dejar todo lo más querido!
—¡Y devorar el pan de la emigración!
—Es muy amargo. ¿Pero padre cuándo vamos á ver á Hortensia?
—Enseguida, hombre; tranquilízate y... por más que yo te aconsejaría que volvieras á emigrar: porque ojos que no ven...
—¿Qué dice V.?
—Que á tí, tal vez, no te agraden las criaturas.
—¿Eh?
—Y Hortensia es madre de dos como dos luceros: dos niños preciosos.
—¡Infame!
—Tranquilízate: Jacobo ha fallecido hace poco más de un año...

Según escribió algún periódico de París, que relató el hecho, durante la guerra se dió por muerto á Fritz, y Jacobo, su íntimo, se prestó á reemplazar al «valiente» mozo.

Y no hubo más.

Es decir, no hubo más de dos chicos.

EDUARDO DE PALACIO.

(DIBUJOS DE MECACHIS).

TRITOS

No extrañes mi inconstancia, dueño amado,
pues, según la experiencia
con sus sabias lecciones me ha enseñado,
la constancia en amor es un pecado
que tiene muy amarga penitencia.

¿Que al fin le diste tu amor?
¡Tenía que suceder!
Ya lo dijo un gran autor:
¡La gallina y la mujer
siempre pican lo peor!

En los pleitos de amor propio
suele ocurrir una cosa:
y es que, aunque los ganen ellos,
tienen que pagar las costas.

MANUEL SORIANO.



Dicen que soy bonita;
tengo dinero
y solo un buen muchacho
echo de menos.
Me llamo Pura
y aquí vá mi retrato.
¿Si ustedes gustan...?



La campaña y el hogar

Grave la herida fué. Dios... y la ciencia
de aquel sabio doctor que lo asistía
le salvaron á Lucas la existencia...
el alma hermosa que en su cuerpo ardía.

Cuando á España volvió, supo con pena
que la ingrata mujer á quien amaba,
á sus recuerdos y á su amor agena
por no sé qué razones... le engañaba.

Hoy, en llanto deshecho,
perdida ya la calma,
más que á la bala que le hirió en el pecho
odia á la infame que le hirió en el alma.

R. BÁIDEZ JIMÉNEZ.



Es expuesto, en mi sentir,
tal manera de escribir
en la barriga repleta,
porque si el que escribe aprieta...
puede el pupitre crujir.



Nadie la tiene segura

Año nuevo, vida nueva

Del prometer al cumplir
qué jornadas hay tan largas
¡qué ventos en el camino
tan yermos y tan cerradas!

López García.

—«Año nuevo, vida nueva»,
me dice siempre don Pedro
al llegar el primer día
del presente mes de Enero;
hay que dejar esta vida
pervertida en que me encuentro,
he de dejarme de amores
pues ya soy bastante viejo,
voy á no probar el vino
pues me pone á veces ébrio,
á ser hombre de mi casa;
nada, lo dicho: «año nuevo,
vida nueva»; y me lo dice
con un semblante tan serio,
que yo, á veces, francamente,
casi, casi me lo creo.
Pero luego observo que
en vez de dejar el juego,
las mujeres, la bebida
y otros vicios muy diversos,
se vuelve más calavera
que en sus anteriores tiempos.
La otra mañana me dijo
dando los dos un paseo:
—«Año nuevo, vida nueva»—
y le contesté:—Don Pedro,
no finja usted; rinda culto
tan sólo á lo verdadero;
no prometa usted ser santo,
ser muy honrado y muy bueno
para luego ser un hombre
de depravación modelo,
porque, contésteme usted,
¿qué se consigue con eso?

FERNANDO FRANCO FERNÁNDEZ.

HELLIN
IMPRENTA
DE
EL PALETO

1.º de Enero

AÑO MDCCCXCVII

LA PRIMITIVA

Fábrica de baldosin prensado de arcilla cocida y baldosas de cemento hidráulico en varios dibujos y colores.
Escaleras, fregadores, mausoleos y toda clase de trabajos en marmol artificial.

Alfonso Vera y León

8, BOSQUE 8, ALBACETE



¡Qué funciones tan bellas
y tan sencillas!
¡Y cómo echan al aire
las pantorrillas!

DR. UBEROS

Especialista en enfermedades de la vista

Consulta diaria.—Gratis á los pobres.

Elche de la Sierra
(ALBACETE)

FARMACIA

y laboratorio químico

DEL LICENCIADO

D. FEDERICO DEL AGUILA

Especialidades nacionales y extranjeras.
Depósito de vacuna y sueros antidiftéricos.
Perfumería higiénica.
CALLE DE CASSOLA, 5, HELLIN

FARMACIA

DEL LICENCIADO

Don Enrique González Palacios

Específicos nacionales y extranjeros.—Vino de Jerez especial para enfermos y convalecientes, 4'50 pesetas botella.

2, GUARDAS, 2

Juan Trujillo

ESTABLECIMIENTO DE TEJIDOS

Grandes existencias de toda clase de tejidos del país y extranjeros. Liquidación verdad por todo el presente mes de Enero.

CALLE DE LA REINA
esquina á la de Macanaz.

Imprenta

DE

EL PALETO

Modelación impresa de todas clases para Ayuntamientos, Juzgados, Recaudadores, etc., etc.

Facturas, membretes, talonarios numerados, perforados y cosidos, tarjetas, esquelas funerarias, recordatorios.

Libros, periódicos, folletos.

PRECIOS ECONÓMICOS

FALCON 4,



Una chica que vale algo
y cuyo rostro embelesa.
Cuando le quiten el galgo
quizás que se ponga gruesa.

LA FLOR

Fábrica de pastas para sopa movida á vapor

ROQUE VALERO

FÁBRICA
Puente, 22

Albacete

DESPACHO
Mayor, 55

Depósito de bicicletas de las mejores marcas del mundo.—Ventas al contado y á plazos.—**MAYOR, 53, ALBACETE.**

Alberto Prat

Profesor de Música.

Gran Fotografía

DE

ABDÓN FRANCO

Retratos al platino. Ampliaciones. Reproducciones.

JOSÉ MORALES ROMERO

Espartos, coloniales, carbones, maderas, giros y cobros, compra y venta de azafran.
REINA, 11, HELLIN

GRAN ALMACÉN

de géneros del país y extranjeros

BRAULIO GARCIA

Sedería y lanería. Tejidos de todas clases.
Calles de Murcia y General Cassola

Luis Lorenzo

Establecimiento de paquetería y frutos coloniales, del país y extranjero. Grandes existencias.

8. MURCIA, 8

JUAN LABORDA LOPEZ

Géneros coloniales, Ferretería, Quincalla, Cristales.

CALLE DE LA REINA

JUAN LOPEZ SADURNI

Representante de las principales casas editoriales de España y extranjeras. Centro de suscripciones, comisiones y representaciones.

DESENGAÑO, 5, HELLIN

Colegio de la Purísima Concepción

DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Se admiten internos.—Edificio del Convento.

PLAZA DE SAN FRANCISCO

Gran taller de calzado

DE

PAZ MARTINEZ

36, MURCIA, 36

JOAQUÍN LORENZO

Profesor de Francés

Lecciones particulares y á domicilio.
9, GUARDAS, 9

Taller de carpintería y carruajes

DE

J. MILLÁN

32, GUARDAS, 32

Gran fonda

DE

CAYETANO CARRIÓN

Servicio esmerado y económico.

17, SAN ANTONIO, 17

LA ESPERANZA

José María García Moya

Gran confitería á la altura de las principales de España.

Especialidad en tortadas y ramilletes. Caramelos de los Alpes, bombones, etc.

4, MURCIA, 4

BICICLETAS

Las renombradas marcas Humber, Rudge-Whitworth, Dayton, Cleveland, Columbia, Swif, Triunf, Townend, Santos, Stard, Sumbean, Empire, Coventry, Clement, Minerva, Regente y otras, se venden á plazos y al contado.

CALLE DE GUARDAS, 34, HELLIN

Juan Claramonte Roche

CORREDOR

Gestiona la compra ó venta de toda clase de artículos.

Prontitud en las operaciones que se le confían.

CALLE DE GUARDAS (junto al Teatro).

MANUEL TOBOSO

Establecimiento de géneros del país, coloniales y extranjeros.

Embutidos, quesos y latas de conservas.

Gran depósito de manteca de vaca en latas. Aceitunas.

6, PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN, 6

Alonso Lorenzo Mascuñan y compañía

CORREDORES

Se gestiona toda clase de compras y ventas. Prontitud en los tratos.

18, AGUILA, 18

Francisco Graells

Gran establecimiento de tejidos nacionales y extranjeros. Últimas novedades. Precios económicos.

3, MURCIA, 3

Sastrería de Lázaro Vela

PRONTITUD, ESMERO Y ECONOMÍA

Calle de la Reina

Gran taller de relojería y depósito de bicicletas de las mejores marcas de

SANDALIO GARCHANO ALFARO

REINA, 29, HELLIN

LOS CATALANES

José Prous y comp.^a

Casa fundada el año 1876. Tejidos del país y extranjeros.

HELLIN.—CUATRO ESQUINAS

TOBARRA.—CALLE MAYOR